Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII | San José, Costa Rica | 1946 | Sábado 30 de Noviembre | No. 22

Año XXVI — No. 1010

APUNTES SOBRE EL IDIOMA BRUNKA HABLADO POR LOS INDIOS BORUCAS EN EL SURESTE DE COSTA RICA

DOS CANCIONES BORUCAS Y UNA LEYENDA

Por Doris Stone

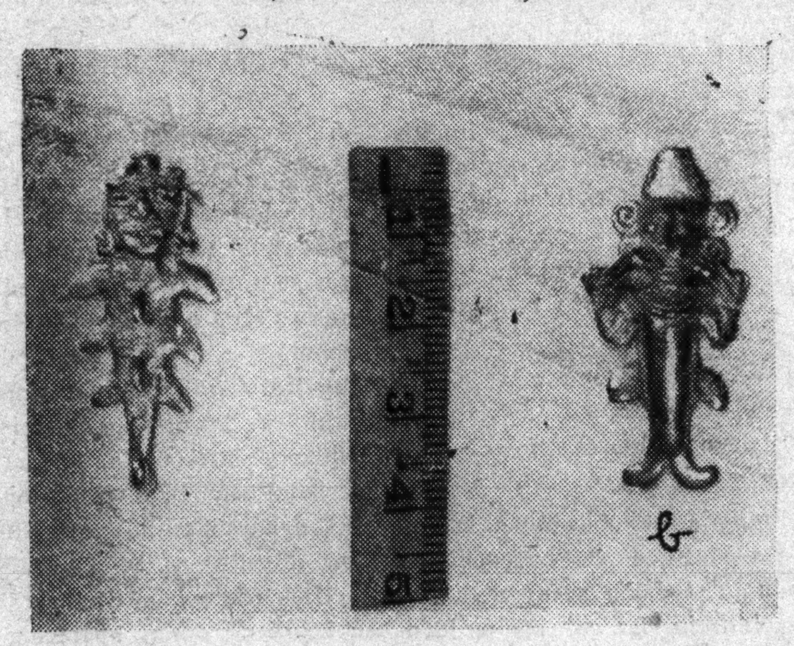
(Atención de la autora)

El idioma denota la personalidad de un pueblo, y la lengua Brunka, en su estado actual confirma esta idea. Brunka es el término que los indios Borucas, del Sureste de Costa Rica, se aplican a sí mismos y a su dialecto. Su cabecera se llama Boruca, y las poblaciones más pequeñas habitadas por ellos se dice que pertenecen a Boruca. Los que no son indios llaman a todos los Bruncas, los «Borucas».

Los Borucas, tal como los conocemos hoy, son los descendientes de los Cotos, Turucacas, Burucacas, Quepos y Abubaes (Véase Stone. En prensa), quienes fueron trasladados al área Boruca por los sacerdotes españoles durante los siglos diecisiete y dieciocho. Originalmente cada uno de estos grupos hablaba un dialecto que tenía parentesco cercano con los demás, pero con suficiente diferencia para permitir una terminología aparte (p. j., véase Lehmann, 1920, b. 1. p. 199). Todas estas lenguas tenían conexiones más remotas con aquellas de la provincia de Chiriquí, en particular con los dialectos de los indios Guaymis (Ibid), y llegan todavía más al Sur hasta los Chibchas del altiplano colombiano.

El idioma de los indios Borucas actuales es aglutinante. Sin embargo, como resultado del amalgamiento del idioma, y quizás, por el poco interés en su dialecto nativo, apenas si dos individuos hablan del mismo modo y las variantes personales se hallan en cantidad. Por esto mismo, los vocabularios colectados a través de los años por diversos investigadores, frecuentemente no están de acuerdo los unos con los otros. (Véase, p. j., la comparación de los vocabularios empezando con lo que Valentini recogió en 1862 hasta lo de Stone, 1945, en Stone. En prensa.)

Por eso, el idioma que usualmente denota el genio y carácter de un pueblo, se encuentra entre los Borucas, en una categoría individual y no puede ser tomado como una indicación general de la personalidad de la tribu. Cada persona tiene su propia manera de hablar y de expresar una idea, y muy rara vez se encuentran dos formas parecidas. La interpretación de la lengua Brunka se refiere a hechos, y deja poco o ningún campo para aquellos sentidos superficiales o sumamente elaborados que ocurren en los idiomas más complicados. Por eso, muchos aspectos sencillos y básicos de la lengua se refieren a actualidades o explanaciones concretas y no a ideas abstractas. En conexión con esto, es bueno recordar que en el dialecto Brunka, la palabra, o el elemento, a menudo sirve para



Figuras de oro que posiblemente representan broʒerá procedentes de entierros en el Llano del Río de Térraba.
(Tamaño actual. b es de la colección del Dr. Adolfo Jiménez de la Guardia.)

más de un oficio. Así encontramos el elemento *ro* (*j*) no sólo como sustantivo que significa gente (1) y al mismo tiempo otra gente, sino que también como sufijo para expresar los pronombres personales *nosotros*, por ejemplo, *di* o *diro* (*j*), y *ellos* o *los*, que es *in... ro* (*j*) o *iro* (*j*). También se encuentra *ro* (*j*) como sufijo que denota el plural, como Lehmann ha señalado antes (Lehmann, 1920, b. 1, p. 345).

Casi siempre la raíz básica tiene dos o más sufijos. La mayoría de los adjetivos terminan en *át*; *át* también parece ser uno de los pronombres posesivos que denota «mi» o «mío», y el pronombre personal que significa «yo». Usamos las palabras «parece» y «una de» porque otra vez llegamos a la misma conclusión que notábamos antes: que es difícil generalizar cuando se trata de la lengua Brunka. Pittier, por ejemplo, da seis palabras que significan «yo», «mi» y mío». (Pittier, 1941, p. 12), y ninguna es la misma palabra que Gabb da por «mío».— Dos palabras que da Thiel por «yo» o «mío» están de acuerdo con las de Pittier, pero Valentini presenta una palabra completamente distinta de todas las demás. Hay que observar, no obstante, que existe una semejanza vaga entre la mayoría de la terminología usada (Cf. e. g. Lehmann, 1920, b. 1, pp. 345, 348, y Pittier, 1941, p. 12).

Así como encontramos el sufijo «*át*» con diferentes usos, lo mismo sucede con otros sufijos y también con palabras con más de un significado. Walter Lehmann señaló que el sufijo *biique* (*bîki* en ortografía fonética) el cual se usa como tiempo pasado en la conjugación, es la misma palabra para *ayer* (Lehmann, 1920, b. 1, p. 345). La autora ha notado que a menudo se usan partes de este sufijo, por ejemplo, *ki* o *bi* y no *bîki* completo, y que a veces no aparece ninguna parte. Al contrario, el sufijo *ki*, por lo general señala el tiempo presente. El sufijo *seég*, que también significa «mañana», aparece muchas veces en el tiempo futuro del verbo. La autora no pudo encontrar el sufijo *jirt*, y parece que Lehmann no tenía razón cuando declaró que este sufijo se usa para denotar el tiempo futuro. También se confundió Lehmann con el negativo del verbo. En Brunka, se expresa el negativo con la palabra *diban* o por el verbo conecta.

(1) Pittier, 1941, p. 58, está equivocado cuando traduce *gente (extraña)* como *abi*, *abic* *Abi* o *abis*, la pronunciación depende de la persona que habla, significa *una persona*, o como veremos en el texto que sigue más adelante.

do con uno de los sufijos *iS*, *ina*, *na* o *Sá*. Por ejemplo, hallamos *diban isodikra* para *no lo haga*, y (*d*)*3ikra kian siána* para *no hay fuego*; el negativo en esta última frase está señalado por el sufijo *na*. Lehmann aplicó *ke* para notar el negativo (Lehmann, 1920. b. 1 p. 345.) Es evidente que aquí él confundió el negativo del dialecto Cabécar que es *kai*, como también confundió el verbo *decir* o *hablar* con el verbo *ran* del idioma Térraba. En Brunka, *decir* o *hablar* se expresa con el verbo *teg*.

Es curioso, pero no aparece el infinitivo en el habla Brunka. Para expresarlo hay que dar la idea de acción hecha por alguien, o que se está llevando a cabo alguna cosa, y no la forma más abstracta que significa el infinitivo. Además es interesante notar que la segunda persona del plural no se usa hoy, aunque parece haber sido empleada ocasionalmente entre 1892 y 1896, cuando Pittier recogió la mayor parte de sus datos linguísticos. Talvez con el esfuerzo que actualmente está haciendo el Gobierno de Costa Rica para hacer revivir las lenguas indígenas en las escuelas aborígenes, una gramática más exacta y completa va a renacer en el pueblo Brunka.

Es interesante también, que la letra *i* usada como sufijo con un sustantivo significa *a* o *de*; por ejemplo, *Okrai* = a *Palmar*; y *uskumi* = *del hueco*.

Con esta limitada introducción a la lengua Brunka, vamos a conocer dos canciones y una leyenda que todavía se oyen en Boruca y su vecindario. La concepción ideológica de estas piezas y su interpretación gramatical son de más valor para comprender la psicología de este pueblo que cualquier comentario que la autora pueda ofrecer referente al idioma hablado.

El alfabeto fonético que se usa es el alfabeto fonético internacional escrito por C. H. Camerlynek y aceptado en 1926 por el Congreso Internacional de Fonéticos. La clave para la ortografía es la siguiente:

a: como *a*lmuerzo
á: como g*a*to, p*a*lo
e: como mi*é*rcoles
≷ : como r*e*o, pero con el sonido duro y vocálico.
i: como h*i*jo
o: como h*o*ja
b, d, f, k, l, m, n, p, s, t, v, como en el castellano
g: como *g*alleta
r: como a*r*itmética
z: como *c*ebra
S: como *ch*, *ch*ocolate
3: como *G*enevieve en francés
w: como *hu*a
j: como *y*erba
u: como *U*sted
(j): igual a una expiración al final de la palabra.
v: sobre una letra significa un sonido corto.
ó: sobre una letra significa un sonido largo.

Las palabras con guión son, en verdad, una sola palabra, pero en el texto aparecen así para señalar el significado de cada parte que se une para formar la palabra entera. Si una palabra o un elemento tiene más de una denotación, la autora ha puesto en primer lugar el significado más propio para el texto junto con las otras denotaciones enseguida entre paréntesis. Una sola letra entre paréntesis tal como(t) o (j) por ejemplo, se escribe así para significar que su pronunciación casi no existe.

Una traducción literaria de la primera canción de cuna, aparece a continuación. Fue escrita por el Lic. don Hernán Zamora Elizondo. En seguida viene la traducción literal, el texto de la cual, así como todos los textos que siguen aparecen en el *International Journal of American Linguistics*, y fueron arreglados por la autora.

CANCIÓN DE CUNA

Tengo una linda niñita,
Yo la quiero con delirio
Y deseo conservarla para que
[juegue conmigo.
Mi niñita nunca llora,
Mi linda niña no duerme,
Lindos ojitos abiertos,
La niña está siempre alegre,
Y yo la quiero despierta
Para que conmigo juegue.

KUN TEBA

Cuna Canción (oración)

át ki *bágra* ≷ks≷k w *á* sit (*3*)iamura
Yo tengo una muchacha pequeña bonita

át ki kuín bejanr*á* ad ki m*á*n ku —i —*3*era
Yo mucho quiero (amo) mi con juega ella
(Se expresan *él* o *ella* por los elementos *i*, *in*, *ikia*, o *ikian*).

Diban bo— in— *S*a
No llora ella
[¡No llore! dicho como imperativo es: *Diban boaa*).

Diban kaba (*3*) —i —*S*
No duerme ella

Ikian moren — r*á*
Ella buena (bien, mejor)
(El elemento *rá* es la primera sílaba en la palabra *rámat*, que significa *mujer* o *hembra* o *esposa*, y se encuentra a menudo como sufijo para designar lo femenino).

Ii *S*
También
(Esta palabra ocurre también como *iSiSing*, o según Pittier, 1941, p. 71 como *iidox*].

S id—ra
Ríe
(El pronombre *ella* no aparece aquí, pero en su lugar se usa el sufijo *ra* reflexivamente, p. j. *ella se ríe*. Cf. p. j. con Pittier, 1941, p. 85, la conjugación del verbo dar).

Kai*S* *S*ené moren ku -i -*3*era.
ojos abiertos bien juega ella.

La siguiente canción se refiere a la población de Boruca. Abajo se da la traducción libre, y en seguida, la literal:

BORUCA MI PUEBLO

Boruca mi pueblo
Tiene la flor de mi corazón
Que lleva un olor fragante como el
[sabor de camarones.
Nosotros nos llenamos con esto
Felices y cantando.
Estoy contento.

BORUCA *Á*D KAG

Boruca mi población (pueblo).

Boruca *á*d kag
Boruca mi población

B*á*gra moren kr*á*n — srut ta kuísik
Tiene mejor palo (árbol) flor de corazón

Ki bágra iásuga (Literalmente, *iásuga* significa *huélelo* o el verbo *oler*.
tiene olor El sustantivo *olor* es *komón*)

Bre≷ s (t) (Eso es el sustantivo para *sabor*.
Sabor El verbo es *dogog*).

Seua (A los Borucas les gustan mucho los mariscos, especialmente camarones,
Camarón que se encuentran no sólo en el mar- sino también en los ríos de su territo, rio actual. Véase Stone, en prensa.

Kutka — rádin (*Rádi* o *Rádin* se usa a menudo como un sufijo
llena nos mismos con un verbo en la primera persona plural, aunque el pronombre *nos* es *di* o *diro* (j)).

Sidra (Se usa esta palabra en el sentido de *feliz*.
Rie No existe una palabra para *feliz*).

Tebai ≷ngra ád kuísik moren.
Cantando (orando) mi corazón bueno.

La siguiente es una leyenda que se refiere a los viajes que hicieron los Borucas antes de la Conquista Española a la Isla del Coco en el Océano Pacífico, aproximadamente a seiscientas millas del territorio de los Borucas y de la tierra firme de Costa Rica. Si era la isla del Coco u otro sitio mencionado en los tiempos primitivos, no podemos asegurarlo todavía. Es interesante, sin embargo, notar que la leyenda dice que el viaje demoró cuatro días, que es más o menos el tiempo que gastaría una persona con métodos primitivos de navegar. El hecho de que se mencionen balsas y no bongos o canoas, se entiende facilmente puesto que se trata de una «leyenda». La ilustración muestra dos figuras de oro procedentes de entierros precolombinos en el área de los Borucas, en verdad, del llano del Río Grande de Térraba o Diquís, que con mucha probabilidad representan los *Bro3erá*, o las criaturas del mar con huesos de colores, de quienes habla la leyenda. La traducción libre va enseguida y luego la literal.

LA LEYENDA DE LOS *BRO3ERÁ*

Nuestros antepasados se fueron muy lejos, cargados con las plumas de lapas, loras, airones y garzas. Se fueron a la Isla del Coco en balsas, y gastaron cuatro días en el viaje. Cuando llegaron, dispersaron las plumas en la playa, y unas criaturas llamadas, *Bro3erá*, parecidas a seres humanos pero que no eran gente, y con huesos de colores y cuerpo de pez salieron del centro del mar. Salieron para recoger las plumas, y cuando aparecieron, nuestros antepasados les cayeron encima y las mataron. Entonces recogieron sus huesos e hicieron soguillas con ellos.

En lugar de una palabra para «leyenda», los Borucas expresan la idea de un *cuento* o *fábula* o *leyenda* o *historia* con el término *mucha plática* o *mucha conversación*. Así tenemos:

Káguit Kuíni Bro3erá
(Conversación dura mucho rato; vive). mucho (bastante)



Bro3era. (Esta se usa aquí como nombre. La palabra en sí misma significa *de colores*).

át sasu —ro(j)
mi ancianos gentes (antepasados, abuelos, ancianos).

de(g)kra
fueron (salieron) (Ningún pronombre personal aparece aquí; el verbo mismo es suficiente).

sutkra (Es difícil explicar aquí el uso de
huyeron dos verbos, pero los indios insisten en que "suena mejor" con ambos).

káuit
lejos [distante.]

De(g)kra oS káis iStSi kruit
Fueron lapa airón (garza) pluma (pelo) lora

Srig (también significa lora).

Isla. (No pudimos encontrar ningún nombre indígena para isla, la palabra castellana es la única en uso).

Sea[g] —wa'
Coco nuez (fruta).

oská de[g]kra
balsa fueron

Bákan kagwa káuit — kra
Cuatro días lejos fueron
(Se apartó el sufijo *kra* del verbo *de(g)*, *ir*, y se usa aquí como una parte del adverbio *lejos*).

Abeín [a veces se encuentra *abe*] debakra
Entonces llegaron

Abeín duka ro(j) — ki —
Entonces pluma ellos (otra gente, los)

biunkra ub — tS≷ n — ka
echaron arena llano lugar de
(quiere decir *playa*)

Bro3erá
Bro3erá

Abi — si(t) —ro [j] (significa plural); así,
Persona pequeña *abisi(t)ro(j)* quiere decir *criaturas*.)

kj — du — [t]sta (quiere decir "del cen-
sal agua centro de tro del mar").

ra3tkra dukaro (j) krina.
salieron plumas recoger.

Abeín át sasuro (j) ai3kra Bro3era.
Entonces mi (los) antepasados (ancianos) mataron Bro3era.

Abeín detkra ki sodikra So3ira (t)
Entonces hueso hizo soguilla (collar).

Bibliografía

Lehmann, Walter
1920 *Zentral-Amerika*, Teil I. 2 b. Berlín.

Pittier, Henri
1941 *Materiales para el estudio de la Lengua Brunka hablada en Boruca, recogidos en los años de 1892 a 1896*.—Museo Nacional. Serie Etnológica.—Vol. 1 Parte II. San José, Costa Rica.

Stone, Doris
En prensa: *The Borucas*. «Peabody Papers». Vol. XXVI, Nº 2. Cambridge.

MOVIMIENTO EN PRO DE «REPERTORIO AMERICANO»

(Atención del autor)

En el Nº 1004 de dicha revista, aparece un artículo intitulado *Voces por la Cultura*, cuyo autor usando de modestia, dice ser un humilde maestro de escuela, y es el señor Napoleón Martínez Leiva. En esta ocasión hemos de recordar que Jesús dijo: «Los últimos serán los primeros». Maestro de Escuela fué Faustino Sarmiento, el más formidable estadista, impulsor de la cultura y civilización argentina. Maestro de Escuela, fué el Presidente Aguirre de la República Chilena; quien desató con mayores bríos las inquietudes socialistas de su pueblo. Y entre nosotros, maestro de escuela fué don Mauro Fernández, y lo han sido y son, muchos de nuestros principales hombres a quienes les debe el país su adelanto y su cultura.

El caso de que nos ocupamos es un ejemplo vivo: el poeta portorriqueño Pedro J. Labarthe, dió la voz de alarma: de que estaba para desaparecer la revista de cultura

hispánica *Repertorio Americano* de don Joaquín García Monge, y ha sido un maestro de escuela, quien recoge su voz, y pide a los costarricenses, la salvemos del naufragio: ya que es «ala y lámpara de América».

Por eso, puede decirse con toda seguridad, que en Costa Rica El Primer Poder de la República lo constituyen los maestros: a ellos se deben todas las cruzadas de su democracia, y de su civismo. Fué así, como otro Maestro, Moisés Vincenzi, en Managua expresó: Queréis resolver los problemas de la República: cambiad los fusiles, en pupitres y libros.—Y es que los maestros educan e instruyen, y los ejércitos: matan, y desmoralizan. Y al predominio de los maestros en la vida de Costa Rica, se debe la frase: Hay más maestros que soldados.—Lástima sí, que habiendo pocos soldados, todavía hagan falta más maestros, pues no son pocos los campesinos que no saben leer ni escribir.

Sobre esta encuesta, ya Aquiles Certad en forma práctica comenzó con una cuota, para darle a don Joaquín García Monge una imprenta para el *Repertorio Americano*: es de desear que nacionales y extranjeros aumenten día a día un óbolo a esa colecta. Las escuelas podrían ayudar en esto. También en el Congreso podría levantarse un diputado a pedir: se cree en el Presupuesto, un renglón en Educación, para dotar al *Repertorio* de su imprenta, laborando así el Estado, a la cultura de su pueblo. Y ayudando a sus más eximios sostenedores. Nadie desconoce las virtudes más preclaras que adornan a don Joaquín, como periodista, como maestro y como ciudadano Su revista merece el sostén de la Nación, que es el mismo de los compatriotas.

*

Repertorio Americano, es como una Universidad Nacional e Internacional volante; las inquietudes de los hombres jóvenes y viejos, del pasado y del presente, pasan por sus páginas, como las aves buscando la mejor dirección de los vientos. Observemos, con qué liberalidad, y exquisita comprensión, y sabiduría: allí tienen cabida todas las ideas, todos los gustos, todos los entusiasmos . . . Allí se halla el pasado, el presente y aun la utopía del futuro: las Letras, las Ciencias y las Artes . . . Allí se ahondan y orientan las rutas sociales. Se comentan los problemas de la Política Mundial. El *Repertorio* tiene su criterio propio, su rumbo personal, que no se esconden: pero la revista tiene una fecunda sabia de humanidad, que la hace mostrarse al lector, en eterna Primavera.

MANUEL ZÚÑIGA PALLAIS

Upala, 4 de Octubre de 1946.

NUESTRA AMERICA

(En el *Rep. Amer.*)

Señores Representantes de las Naciones.
Señoras y señores.
Jóvenes de esta Escuela.

El Sr. Director de esta Escuela (1) me ha honrado con el encargo de participar en esta fiesta organizada con ocasión del aniversario del descubrimiento de América y para rendir un homenaje a las naciones que han crecido en ella y al principio, hoy sostenido como una verdad de la conciencia Americana, de la *unidad espiritual del Continente*.

Estamos trabajando todos, en la medida de nuestras capacidades, en la afirmación de ese principio básico para los futuros destinos de nuestro continente. En esta era tormentosa en que vivimos, en este mundo de inmensas transformaciones en el cual nos precipitamos irremediablemente, necesitamos una verdad de qué asirnos, para no perdernos. Esa verdad es ahora la comunión de todos los pueblos de América para definir ese valor histórico que será *nuestra América*, como la ha llamado José Martí. Nuestra América tiene fines trascendentales que realizar; ha nacido ciertamente de esos fines pero debe cumplirlos definitivamente. Uno de ellos es la libertad, sobre todo, la libertad mental; uno de ellos es la organización social democrática; uno de ellos es la *educación del hombre*. Los hombres de todos los continentes de la tierra han venido a nuestra América en busca de un clima de libertad para vivir tranquilamente su mundo moral, para acariciar serenamente su idea de Dios, para trabajar sin temores ni angustias. Pero sobre todo, para desenvolver los poderes de su propio pensamiento. Nosotros podemos decir en América, que es un fundamento de nuestra conciencia la libertad de pensar. La otra cosa es la doctrina democrática. Hemos construido aquí y lo seguimos haciendo con laboriosa y firme experiencia, la doctrina social democrática y podemos decir que la hemos salvado. Forma parte de nuestra fé filosófica y estamos capacitados para declarar que no renunciamos fácilmente a ella. Podrán haber vacilaciones algunas veces, se podrán cometer errores otras, pero la fe en el bien que emana del fondo de ella, es fuerte e inmortal. Continuará perfeccionándose, porque este es el don de todas las ideas constructivas de la historia; rectificando sus deficiencias presentes. Pero en nuestra América no desaparecerá sino cuando los Andes se hundan en el fondo del mar. Nosotros hemos creado el ideal democrático, no simplemente como una doctrina de Gobierno, no como una simple doctrina de política. Lo hemos creado como un principio educativo del hombre moderno. La democracia no va a perderse en las luchas sangrientas del Foro romano. Nuestro concepto educativo democrático se va a salvar en las modestas escuelas de América. Es con ese mayestático valor que lo han proclamado todos los hombres de América, profetas o maestros, los Emerson en los Estados Unidos, los Martí y los Sarmiento en los pueblos de nuestra comunidad latina. Principio organizador de una sociedad nueva para servicio de un hombre nuevo. De una sociedad ordenada, de una sociedad justa, de una sociedad propicia para que el hombre se dignifique dentro de ella. Nuestro ideal democrático es así una fecunda verdad pedagógica que se realiza unas veces en formas de gobierno, y otras en nuevas instituciones sociales, pero cuyo fin primordial, es salvar al hombre. Es así como la concibió para nuestro modesto mundo, don Mauro. Fué él quien hizo del principio democrático la verdad permanente y directiva de la Escuela Nacional. Pero él procedió como americano.

Así es como, por consecuencia inmediata y necesaria, hemos creado lo que pudiéramos llamar la *Escuela de América*. Era necesario, para fundamentar la democracia, crear la escuela del pueblo. No sé si es con orgullo o por convicción que nosotros podemos decir que la institución genuinamente americana es esta escuela del pueblo. Porque si democracia significa realmente iluminación interna del ser humano, no puede hacerse eso mientras persista la ignorancia. Las fatalidades del hombre, hoy y siempre, no son sino el resultado de su ignorancia. Esta es una verdad común pero no se sabe vivirla. Se acaba de decir que las desgracias de uno de los grandes pueblos europeos, provienen de la ignorancia de su pueblo. Nosotros los americanos consideramos que la ignorancia no es sólo una condición en que puede encontrarse el hombre, sino un crimen contra el espíritu y por eso la condenamos. Para combatirla hemos creado la Escuela popular. Si estas celebraciones como la de ahora tienen alguna importancia para nuestra alma, lo es, porque nos permiten continuar haciendo la profesión de fe en favor de la Escuela. Hoy podemos decir que hemos edificado sobre la piedra del Evangelio, aquí en América, la escuela del hombre. El resultado de nuestra experiencia democrática, es esta institución. Y ella es para nosotros esencialmente orgánica. No podríamos a estas horas, renunciar a ella. Nuestro deber es más bien perfeccionarla. Con el concepto de escuela pública, con su verdad, porque para nosotros americanos es una verdad, hemos tocado el espíritu del hombre: la iglesia nos acercará siempre a Dios; pero la escuela nos acercará cada vez más a la realidad humana. Al hombre ideal que el evangelio nos anuncia. Al hombre que debe realizarse alguna vez como inteligencia noble al servicio del bien de la vida. Y nosotros confiamos en ese bien de la vida: nosotros los americanos no creemos que la historia es un círculo vicioso que debe repetirse perdurablemente con su tormento de discordias entre pueblos, con su carga de errores y de crímenes. Nosotros creemos que el hombre se transforma para un ideal mejor de existencia, pero siempre que se ilumine su inteligencia, se fortalezca su voluntad, se purifique su corazón. Para eso abrimos humildemente cada mañana las puertas de estas modestas casas que son las escuelas de América.

Por eso hacemos bien en estar aquí hoy. Alguna vez se dijo por un poeta que la América era un milagro de Dios. Que Dios la hizo surgir para premiar la voluntad fuerte, el entusiasmo ciego, la constancia ejemplar de Cristóbal Colón. Ella sigue siendo un milagro: no sólo surgió del fondo de los mares, o del corazón de lo Divino, para satisfacción de un hombre: la América es el continente providencial en donde el hombre descubrirá su propia alma: en donde el hombre se descubrirá a sí mismo. Nada mejor haremos que recordar estos intereses sagrados de nuestra vida, que repetir los nombres de nuestras montañas, de nuestros ríos, de nuestras ciudades; que hacer memoria de nuestras gestas heroicas, y que rendir un digno homenaje a la memoria de todos los varones ilustres que han trabajado por nuestros comunes destinos y que han mantenido la fe en una grande e inmortal América.

RÓMULO TOVAR

Costa Rica, octubre de 1946.

(1) La Escuela *Pilar Jiménez*, de Guadalupe.

HIJO MIO...

(En el *Rep. Amer.*)

En el Album de mi hijo *Fernando José* y a la memoria de mi hermano *Atilio*, que recitaba con tanto cariño mis versos.

Hijo mío, te asomas a la vida
en un minuto trágico de desasosiego:
todos los caminos desembocan en la duda
y todas las filosofías en el misterio.
Vienes de la fulgente luz del alba
a premiar la perennidad de nuestro afecto
que te aguardó por años
y te acunó, por años, en la cuna ideal de sus ensueños;
y hallas por todos los rumbos
la cerrazón de una tiniebla que da miedo,
por entre la cual los hombres van a tientas
tropezando en sus instintos siniestros.
¿Qué puede hacer mi amor por sustraerte
al huracán perverso
que va sembrando la muerte por el orbe
anarquizado y enfermo?
Ahora, en tu impotencia,
puedo escudarte con mi pecho
y tu madre coloca el ángel de la guarda
en la ruta blanca de tus sueños.
La que se ve en tus ojos
con los suyos dos veces maternos,
y las que en el arribo a esta existencia
te precedieron.
cómo querrían hacerte con sus brazos
un amoroso cerco
y amurallarte
entre sus espíritus fraternos!...

* * *

Hijo mío, todo en vano:
el egoísmo y el rencor, en un afán protervo,
—crueles jinetes de un fiero apocalipsis—
por el mundo una siembra fecunda van haciendo.
Nadie, si nó tú mismo, habrá de defenderte
del naufragio tremendo:
tu mente despierta y tu espíritu limpio
pero también tus puños recios.
Has venido muy tarde o muy temprano:
has llegado en la transición de un gran momento
que es como el cruce de los caminos enigmáticos
que van al vientre de lo eterno.
Naces bajo los signos
maravillosos del más preclaro ingenio:
los hombres sobrepasan a las águilas
en la altanera dignidad del vuelo
y, suprimiendo las distancias
como en un misterioso embrujamiento,
los hombres de la América
hablan en el oído de los europeos.
Somos los fuertes y los magos,
hemos penetrado en los pliegues del misterio;
hemos subido hasta el azul
y descendido hasta el infierno;
somos los vencedores de la naturaleza:
hemos encadenado los elementos
y convertido en realidades
lo que parecían embustes miliunanochescos...
somos los artífices de la materia
y los oficiantes de los ritos perecederos,
del polvo que va al polvo miserando
y de los intereses subalternos,
pero hemos abandonado el espíritu
y dejado apagar la llama de lo eterno
y, esclavos del fulgor de un solo día,
hemos aplebeyado y embrutecido el sentimiento.
Y si sujetamos las ondas del espacio
y domeñamos los vientos,
hemos olvidado la palabra simple
con que hablábamos a Dios en los primeros tiempos:
es que somos más sabios
pero dejamos de ser buenos;
y la sabiduría y la fuerza, por sí solas,
no salvarán a los hombres ni a los pueblos
mientras sobre el amor y el bien no se levanten
como sobre graníticos cimientos.
Hay que torcer la dirección del mundo.
hay que darle un nuevo rumbo al Universo.
No es que el hombre sea el lobo para el hombre
—pues que éste, al fin, podría humanizar al lobezno:—
es que el hombre es el lobo para el lobo
que muerde con colmillos de un terrible veneno.
Y para arrumbar hacia otros horizontes
más dilatados, más limpios y serenos,
hay que infundir ese impulso
en los espíritus nuevos
de los que vienen, limpios de pecado,
a este combate sangriento.
Nosotros ya manchamos nuestras manos
y emponzoñamos nuestros pechos,
y vamos arrastrando nuestras culpas
y la complicidad de nuestros miedos
para gritar la honda verdad desnuda
que haga retemblar hasta los cielos,
y por sobre la iniquidad y la perfidia
restablezca el equilibrio verdadero.
Hazte tu propia vida,
vive la que te salga desde adentro,
en la soberanía de tus impulsos
y en la salvaje libertad de tu aislamiento;
y no por egoísmo misantrópico
ni por hurtar el cuerpo
a los graves deberes que te impongan
tu siglo, tu ideal, tu verdad o tu sexo,
sino para librarte del tumulto
que hace del hombre un instrumento
o la nota informe y sin sentido
en la infernal algarabía de sus estruendos;
ya lo dijo Leonardo,
el del Renacimiento:
Si eres tú solo y por ti mismo un hombre,
tu triunfo será eterno.
Esfuérzate en ser sabio:
la sabiduría es luminoso sendero;
mas por sobre la ciencia y sus enigmas,
hijo mío, empéñate en ser bueno
con la bondad activa
que predica y practica a un mismo tiempo
en la brega constante
por la justicia que es el más noble credo.
Pero como has de ser beligerante
en todos los combates, acoraza tu pecho;
la nobleza y el bien se levantan muy alto
si el coraje de un hombre les sirve de cimiento.
Y a vivir, la vida es dulce regalía
para quien, como tú, vino a este suelo
a cumplir un destino
que imagina gallardo mi presentimiento.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

San José, Costa Rica, 1934.

SON 5 POEMAS

(En el *Rep. Amer.*)

1.

Si nada más oyeras una palabra, una,
la más humilde, la más delicada palabra,
la que pudo ser nuestra, nunca dicha
y ahora brotándome de lo más escondido;
la más guardada, la más íntima,
una sola palabra, así, pequeña,
menuda, tierna, brisa, lucero amanecido,
yerbecilla, guijarro, lo más leve, lo mío,
lo que nunca dijimos y era nuestro
y nos pertenecía y nunca usamos
como nunca estrenamos algo nuevo
que preferimos escondido, intacto.
Si pudiera decírtela y tú oírme,
y tú entender este temblor de llanto;
si pudiera llegar hasta ti y conmoverte,
y alzarte como a mí este dulzor amargo;
si recogieras esta inquietud, esta esperanza;
esta ternura que encendiste en mi vida;
si me escucharas nada más un instante
y este dolor, este apegarme a ti,
este deseo, este deseo, esta sed de tu alma,
este aletear de nube junto a tu rostro frío,
algo nuestro, aunque fuera nada más
(un sollozo,
un estremecimiento, algo nuestro, un
(instante,
no mi solo dolor junto a tu vida,
a la orilla de ti, cercano, ausente,
a la orilla, a la orilla, nunca dentro,
nunca en ti sangre y sangre. Si no fuera
nada más que un minuto estremecido,
algo nuestro, de ti y de mí, algo nuestro,
no mi ternura ciega, inútil, algo
de ti y de mí. Lo que fuera, sollozo,
amargura, deseo, tristeza, canto,
algo nuestro, algo nuestro, doloroso
(o fecundo.

Pero estás ciego frente a mí. Tan lejano
como esa estrella muda donde se quiebra
(el llanto,
donde mi soledad se golpea y se hiere,
donde el alma se rompe noche a noche en
(pedazos
y se hiere y se acaba y torna
(a ensangrentarse,
fiero muro infinito, ciego pozo de espanto,
sin pasión, sin dulzura, sordo, exánime,
(muro,
sin piedad, sin un un solo tapizado de
(musgo,
tan desnudo, tan frío, tan cobarde o tan
(fuerte,
tan enhiesto de orgullo, tan distante,
(tan duro,
que no bastan mi angustia. mi más largo
(sollozo,
mi terror, mi ternura, mi más ardiente
(fuerza.
para hacerte bajar la mirada de piedra
y tomarme y destruirme.

México, 1946.

2.

Si yo pudiera pondría una flor
sobre el pecho de tu ternura muerta
y me resignaría.
Si nada más pudiera lavarme el alma
de este dolor con una lágrima,
o caminar indiferente
por esos sitios que recorrimos juntos,
cuya sola presencia me desgarra.
Morir, perderme, destrozarme, huir
donde no estén tus ojos;
a donde el hilo más delgado de tu voz
(no exista
y tu gracia perfecta no sea más que nube
(no mirada;
donde tu nombre no se me vuelva angustia
ni tu palabra herida,
y tu sonrisa no me pueble las noches
de estrellas y de lágrimas.

México, 1946.

3.

Planta sin flor. Arbol sin nido ni raíces.
Fiero llanto sin lágrimas. Grito sin voz
(ni vuelo.
Ciego alarido. Playa sin caracoles y sin
(verdes
abandonada a un huracán frenético.
Cielo sin una estrella. Puerto sin un navío.
Dolor sin canto. Ternura sin idioma.
Rosal sin rosas que ofrecer al viento.
Exacta soledad. Muerte sin forma.
Piedra sin musgo. Cordero sin balido.
Oveja sin pastor. Valle sin mariposas.
Pájaro sin espacios y sin trinos.
Paloma sin alero, el ala rota.
Tal es mi juventud y junto a ella,
detrás de esta miseria, tu fantasma.

México, 1944.

4.

TU ROSTRO

En noches como ésta
¿no sientes mi deseo subir hasta tu rostro?
¡Tu rostro!
—Podría repetirlo hasta la muerte—
¡Tu rostro!
Y tomarlo entre mis manos hambrientas
y besarlo con largos besos ávidos.
¡Tu rostro!
Tu inalcanzable rostro de mi sueño.
Ah, qué deseo tremendo este deseo
de hacer mío tu rostro,
de encender en mi cielo
esas estrellas tristes de tus ojos;
de acariciar tu boca,
a ninguna otra boca comparable;
de llorar estas lágrimas quemantes
sobre tu rostro mío, inalcanzable,
de perfecta belleza, mío y perdido.
Ya me duelen los brazos de extenderlos
hacia tu rostro tierno.
Ya me duelen estos brazos del alma que
[tantean
ciegos, perdidos, torpes, en la noche.
Ardientes, rotos, heridos de una ternura
[amarga.
Solos. Brazos del alma hacia tu rostro,
(vivos.
Sal de mi entraña desolada, en llanto
más amargo que el llanto del más solo,
del más perdido en el más solo espanto.
Y mirarlos vacíos, sí, vacíos,
vacíos de tu rostro inalcanzable.

México, 1944.

y 5.

Ahora ya no tienes ojos de agua marina,
(ni dulzura,
ni caracoles, ni menudas arenas brillantes
(en las manos,
Ahora no eres más que un largo silencio
(irredimible.
un pedazo de tierra junto al mar, quizá
(sin cruz ni flores,
sin más canto que el canto de los vientos,
ni más llanto que el llanto de la lluvia
y el rumor de las olas reclamándote,
ni más recuerdo que tu nombre escrito
por estrellas errantes en la noche.
Hombre que amara, ¿dónde duermes tu largo
(sueño?
¿En qué sitio se han helado tus huesos,
qué horrenda soledad los acompaña?
¿Qué clamor, qué deseo se te quebraron en
(la boca
en el instante más amargo?
¿Quién te cerró los ojos de mar de Junio
y quién te llora hoy
cuando yo me he quedado sin lágrimas?

NINFA SANTOS

México, 1946.

CARLOS IZAGUIRRE Y MAX JIMENEZ

(Atención de la autora)

Carlos Izaguirre, vigoroso escritor hondureño, y Max Jiménez, originalísimo pintor costarricense, aparecen ante mí como dos crestas de una misma ola del tiempo.

Izaguirre es grande en sus poemas de «Nieblas», «Alturas y Abismos» y «Desiertos y Campiñas»; pero es gigante en su novela «Bajo el Chubasco».Es colosal el arranque sociológico de este libro. Colosal el escenario que se le da. Colosal la concepción dentro de la lengua nuestra, llevada tantas veces al abismo de las concupiscencias y levantada por esta mente acometedora a la altura de la temeridad.

¿A dónde fue Izaguirre a detener el estro cósmico de este amanecer cataclísmico de lo grandioso, humano y selvático? Grandiosa la tierra virgen. Grandiosa la arcilla humana potencial. Grandiosa el alma del anónimo protagonista, solitario y acompañado a la vez de recuerdos fecundos, genedores de grandes propósitos.

Es importante leer «Bajo el Chubasco», para sentir hondo el dolor de la tierra inculta y despreciada y el dolor de la arcilla humana despreciada e inculta.

Ay, de Max Jiménez, el vidente de estas cosas! Max y Carlos sufrieron el influjo imperativo de la misma vibración del Cosmos.

Este huracán descrito por Izaguirre es el mismo «Ciclón» que pintó Max Jiménez. Esta arcilla humana de «Bajo el Chubasco» es el mismo «Barro Cocido»—dolor anudado en la garganta—de Max Jiménez. El sentir las plantas de los pies desnudas acariciadas por ondas invisibles, aladas, milagrosas que ascendiendo al callado templo de su espíritu lo inundaban de claridades melodiosas... «cuando le parecía oír aquel misterioso resonar, que como firmamento de luz iba de la tierra a los árboles y de éstos al infinito», dió al poeta hondureño su página 375 y al pintor costarricense su «Tierra y Cielo».—Nadie como Max para para ilustrar «Bajo el Chubasco» de Izaguirre.

Ambos poseen una imaginación fuerte hasta el vértigo. Ya son una inquietante inquietud: dos alas que se adelantan a saludar a la Nueva América, arrancadas de la gleba adolorida del gran Continente, que semeja un par de alas, él también.

Alma de la montaña mágica! Alma de la raza paria! Alma del Todo eterno! ¿Quién llegaría de primero a su misterioso fondo de verdades?

No es fácil, sin el auxilio de la musa de cada quién, entender mensajes que llegan intangibles, desnudos, y que debemos vestir de notas, de colores, de materia plástica, de letras o de cifras.

En cada piedra, planta, animal u hombre el artista determina aquello de la Mente arcana que rima con su mente. Entendemos hoy lo que ayer no entendimos, porque hubo variación en nuestros sentidos. Por eso no queremos ser definitivos en nada. En una relatividad tremenda nos movemos. El gran océano trae y lleva olas de eternidad, que aprovecha el alma despierta, para interpretarlas a su modo; modo que puede cambiar y que cambia en el individuo.

Ya no decimos: bello; decimos: trascendente. En lo bello buscamos trascendencia. El arte, la ciencia, la moral, llevan en su corriente pepitas de oro; no sólo la imagen del cielo altísimo inasible por lejano.

Cada uno escoge su lugar y su forma de trabajo. Max e Izaguirre descienden de esta vez al llano, a recoger piedras para su honda. En otros parajes están situándose los que arman flechas. En otros emplázanse baterías y catalejos vigilantes. No hay igualdad ni competencia, sino armonía y mutua ayuda.

¿Quién elogiará? No seremos nosotros, invalidados por minúsculos. Estamos sencillamente admirando, procurando asir.—Pensamos que cuanto se haga en la *era* que comienza debe tener legítimo sello de americanidad. Porque es la «Hora de América». El cuento, la leyenda, el cuadro, la escultura... de América o para América: el remoto período de su formación geológica; la caverna con sus habitantes primeros; el río de inmigración helena y el de inmigración asiática; la ola del tiempo y sus culminaciones en América; la luz de eternidad que anda cercana, dorando cumbres ya; altos y bajos de quienes han constituído la población americana; altos y bajos del suelo que también desplaza, allana y cede; altos y bajos de lo que nunca es estable, porque nada hay inmóvil; altos y bajos de eternidad que constituyen lo creado por la «fuerza increada».

En todo hallan, los artistas, los filósofos y los científicos, belleza y trascendencia. Y nosotros también hallamos, si buscamos con amor.

Al escritor y al pintor comentados presentamos la determinación de amistad que han despertado. En su inquietud sincera, que sinceridad merece, reconocemos la antena.

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ

Novbre. de 1946.
San José, Costa Rica.

OBSESION DE INFINITO

(Atención del autor)

¡Me obsesiona la altura; el Profundo Infinito
me atrae con sus hondos y obscuros arcanos
y mi espíritu anhela iniciarse en el rito
del misterioso Enigma de esos mundos lejanos.

Al contemplar el Cosmos tachonado de Estrellas
y de Astros luminosos en su eternal carrera,
mi alma se emociona al admirar las bellas
creaciones siderales de la Celeste Esfera.

Siento ansias de elevarme a los Etéreos Cielos
—donde El Eterno habita y reina por doquier—
y horadar del Misterio los impalpables velos

que ocultan del Espacio las galas más preciadas
y a mi mente le impiden el poder comprender
las bellezas magníficas de esas Cumbres Sagradas!

MAURICIO VERBEL G.
(Fausto)

Panamá, -1946.


Fedor Dostoyevski

RESURRECCIÓN DE DOSTOYEVSKI

LA ANGUSTIA ACTUAL

(De *El Tiempo*. Bogotá, 12-IX-46).

Dime lo que lées y te diré quién eres. Lo mismo que cada lector individual, también cada generación o cada época elige entre los grandes libros de todos los siglos aquellos que más se acomodan a su peculiar manera de pensar y de sentir; los que mejor riman con su propio estado de alma. Ello es más que una moda. Las lecturas predilectas varían en cada momento por razones profundas, reveladoras del carácter de ese momento histórico.

De esta suerte, a temporadas, en el panteón de los autores ilustres, unos duermen olvidados, otros resucitan.

Ahora, en este turbio período de la postguerra—o de la nueva pre-guerra—nos sorprende la resurrección de Dostoyevski.

El atormentado novelista ruso, tan admirado en nuestra lejana juventud, un poco desdeñado por la mocedad de nuestros hijos, reaparece hoy en el primer plano de la actualidad literaria. Al leer revistas francesas de las que van llegando a Bogotá, me llama la atención, en sus notas bibliográficas, la cantidad de libros que ahora se publican sobre Dovstoyeski. Tal vez no hay otro escritor que apasione tánto como él.

Una de sus obras menos divulgadas, *Nietotchka Nietzvanov*, ha visto recientemente la luz en traducción francesa. Ha aparecido también una nueva versión, revisada y corregida, del famoso libro de Berdaief: *El espíritu de Dostoyevski*. A modo de introducción a la lectura del autor de *Crimen y Castigo*, un escritor francés, Dournes, ha publicado un breve volumen: *Cómo leer a Dostoyevski*. Con título contrario y tema igual han salido dos libros: *Dostoyevski. El problema del Mal*, de Evdokinov, y *Dostoyevski. El problema del Bien*, de Zander. El año pasado un sacerdote, el P. Lubac, había dado a la imprenta una obra con este sugerente rótulo: *Dostoyevski, profeta en el drama del humanismo ateo*.

Y no sólo en Francia preocupa ahora Dostoyevski. Cierto es que, una vez más, París con su fina sensibilidad, recoge y expresa el pensamiento general, la emoción difusa, la corriente literaria de una época. Pero, en realidad, el enigmático escritor ruso, resurge hoy en Italia o en Alemania, lo mismo que en Francia. Y, según he leído, en la misma Rusia soviética se han editado, con grandes tiradas las obras de Dostoyevski, incluyendo en ellas originales inéditos, aunque el autor de *Los hermanos Karamazov*, si bien coincide con el espíritu revolucionario del comunismo, es lo más opuesto que pueda imaginarse al materialismo marxista.

¿Por qué en estos momentos interesa tanto Dostoyevski? A mi modo de ver, por muchas razones, y, en el fondo, por una sola razón esencial.

Por muchas razones. Rusia constituye, en pro o en contra, la obsesión de la hora presente. Y Dostoyevski es el más ruso de los escritores rusos; el hombre que ha exaltado el alma rusa frente a la cultura occidental; el visionario de un místico imperialismo de su patria; el profeta que anuncia que de nuevo la estrella brillará en Oriente...

Otra razon: «Europa, como dice Maritain, «le ha visto la cara al diablo». Antes no creía en él. Hasta 1914 el mundo se había sentido eufórico, optimista, confiando en el progreso, en la libertad, en la dicha de vivir. «La joie de vivre...!» Mas ahora, sobre todo en la arrasada Europa, el problema del mal salta brutalmente a los ojos. Ningún escritor lo ha planteado con tanta fuerza como Dostoyevski. Todo hombre es una mezcla de mal y de bien, pero en los personajes de sus novelas—y en el autor mismo—el bien y el mal llegan, ambos, al último extremo y el alma humana se nos presenta como una turbadora amalgama de criminalidad y de santidad.

Otra razón todavía: Dostoyevski fué el hombre que padeció y se sublevó bajo el despotismo zarista. Fué el presidiario de Siberia. Fué el muchacho condenado a muerte, llevado hasta el cadalso, donde, antes de la noticia del indulto, alcanzó a ver preparados su sudario y su ataúd. En nuestros días millones de hombres, bajo el despotismo totalitario, han conocido los campos de concentración, han vivido obsesionados por la imagen del patíbulo. Diríase que es el mundo entero el que, como el escritor ruso, ha sufrido y se ha alzado bajo los nuevos despotismos y se halla, como él, con la mente enferma y los nervios alterados.

Pero hay, sobre todas, una razón fundamental que explica esta resurrección de Dostoyevski.

En su obra nos asedia, como una pesadilla, un sentimiento dominante: la angustia. Dostoyevski es un escritor angustioso y el mundo actual es un mundo angustiado.

Observemos qué, si el autor que resurge es este novelista de la angustia, el autor que surge, el más en boga hoy en París, Jean-Paul Sartre, es, a su vez, el filósofo de la angustia. Para éste no existe una moral «a priori», basada en preceptos generales, sino que «en cada caso tenemos que decidir nosotros solos, sin apoyo sin guías, y no obstante, decidir por todos...» «¿Cómo podríamos no sentir una penosa ansiedad en el momento de la acción?» La acción es, para Sartre, la esencia de la vida, pero a la acción se llega por la desesperación. «Así como la angustia no se distingue del sentido de las responsabilidades, la desesperación y la voluntad son una misma cosa.»

No sé hasta qué punto la angustia, tema central de la doctrina de Sartre, pueda explicarse por la desesperación. Un fino análisis psicológico nos mostraría probablemente que la angustia, la angustia de Jean-Paul Sartre, la angustia de Fedor Dostoyevski, la angustia que tortura al mundo actual, es una emoción oscura en la que se confunden la desesperación y la esperanza.

Si no esperásemos nada, permaneceríamos inmóviles, en una horrible tranquilidad. Si no desesperáramos de lo mismo que esperamos, trabajaríamos gozosos pensando en el porvenir. Hoy la humanidad espera y desespera: espera aquel mundo mejor que le prometían para después de la guerra, pero ante el panorama internacional, desespera de llegar a verlo. No puede resignarse a una nueva guerra; no alcanza a creer en la paz. Desespera esperando, vive en un estado de angustia que armoniza profundamente con esas páginas de Dostoyevski, crueldad y ensueño, realismo patológico y anhelo idealista, en las que se le ve la cara a Satán y se siente que va a aparecer el rostro de Dios.

¿Cómo salir de esta situación? La humanidad no ha olvidado aquel texto que dos grandes estadistas, de América el uno, de Europa el otro; muerto ya el primero, caído hoy el segundo, firmaron un día entre el mar y el cielo con el nombre de Carta del Atlántico: «Esperan que se establezca una paz que proporcione a todas las naciones los medios para vivir con seguridad dentro de sus propias fronteras y que garantice a todos los hombres de todo el mundo una vida libre del temor y de la necesidad». Una vida libre de la angustia.

LUIS DE ZULUETA



QUE HORA ES...?

Lecturas para maestros: nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones, antipedagogía.

BERNARD SHAW Y LA EDUCACION

(De *La Nación*. Buenos Aires, 21, julio, 1946.)

Por una feliz circunstancia, no exenta de ironía, la función al parecer tan humilde de la educación se ha visto favorecida en todo tiempo por la meditación y las obras de los hombres más ilustres del pensamiento humano. No hay más que recordar al efecto lo que han significado las aportaciones pedagógicas de figuras tan destacadas en el horizonte intelectual como Sócrates, Platón y Aristóteles en la antigüedad clásica; como San Agustín y Santo Tomás en la Edad Media; como Erasmo, Vives y Montaigne en el Renacimiento humanista, y como Locke y Rousseau, Kant y Fichte en los tiempos modernos, sin hablar de los pensadores geniales estrictamente pedagógicos como Pestalozzi y Froebel.

Pero aun en nuestra época de creciente especialización, han proseguido esta tradición otros pensadores y escritores, que se han ocupado insignemente de la educación en sus escritos. Nombres como los de Dilthey y Spranger, Scheler y Simmel, John Dewey y Bertrand Russell forman una brillante constelación cuyas ideas han iluminado la educación de nuestro tiempo, con bastante más claridad por cierto que las de algunos profesores universitarios para quienes la educación es sólo algo pueril, sin percibir que en realidad son ellos los mentalmente pueriles.

Entre los últimos representantes ilustres de la tradición literaria educativa se ha destacado notablemente Bernard Shaw, quien haciendo honor a su carácter paradógico, ha resultado ser uno de los mayores educadores contemporáneos, no sólo por la influencia literaria, inintencional, que su obra, como la de todos los grandes escritores, ha ejercido sobre el público, sino también por sus ideas específicas acerca de la educación. Esta preocupación pedagógica de Bernard Shaw se ha manifestado en varias de sus obras, especialmente en el prólogo «Padres e Hijos» a su *Messaliance*, y últimamente en su magnífica *Guía política de nuestro tiempo*, acabada de traducir al castellano y que revela toda su plenitud mental, a pesar de sus ochenta y ocho años cumplidos. No hay que esperar naturalmente de esta obra que sea un tratado de educación, ni que en ella aparezcan las ideas pedagógicas rigurosamente expuestas; por el contrario, se presentan en la forma chispeante y paradójica, y hasta contradictoria, que suelen revestir sus obras, sin que por eso dejen de ser siempre tan interesantes y sugestivas como todas las suyas. A exponer y comentar algunas de ellas se dirigen las líneas presentes.

La educación para Bernard Shaw—especialmente la educación inglesa—está dominada por la división de las clases sociales: hay una educación para los ricos, una educación para la clase media y una educación para la clase obrera. Esas diferencias sociales en la educación no desaparecerán en tanto subsistan las diferencias económicas en la sociedad. Por lo tanto, no se trata de facilitar el acceso de los pobres a las escuelas de los ricos, sino de hacer que desaparezcan los pobres. Esta es, naturalmente, la doctrina socialista. La diferencia de Bernard Shaw con ella está en que no quiere que vayan los niños de todas las clases sociales a la misma escuela, sino que sigan existiendo las escuelas de tipo clásico (Eton, Harrow, etc.) para los ricos, junto a las de tipo moderno (Politécnicos, etc.) para los pobres. (El remedio no está—dice—en poner violentamente a los golfos y a los señoritos en los mismos colegios, sino en alterar la distribución de la riqueza nacional de manera que el nivel de subsistencia y de cultura de Eton esté al alcance de quienes viven en los barrios sórdidos, que en seguida los abandonarán para criar a sus hijos con tanto gusto como crían ahora los de Eton». Y más adelante advierte humorísticamente: «Los señoritos de Eton y los golfos del Politécnico no deberían entrar en contacto más que en las peleas callejeras, cuya organización bien podría considerarse como parte legítima de su ejercicio físico, o en las salas de examen o los laboratorios donde imparcialmente se les someta a prueba de capacidad y de sus pretensiones.»

Con una visión bastante pesimista de la educación—basada sin duda en su experiencia personal—Bernard Shaw considera a las escuelas como cárceles donde se encierra a los niños para que no molesten a sus padres. «Toda madre—dice—que no explota a sus hijos como a unos pobrecitos esclavos se alegra de que la ley o la costumbre la obligue a mandarlos a la escuela». Claro es que no siempre ocurre así, pero también es cierto que sucede con mucha frecuencia. Sin embargo, Shaw no es partidario de arrancar totalmente a los hijos de la influencia de sus padres como querían los regímenes totalitarios ni siquiera parcialmente como ocurre con los internados educativos.

Esta concepción pesimista de la escuela y la familia aparece un poco amortiguada al recomendar una solución—bien británica—de compromiso entre la casa y la escuela por medio del semi-internado escolar, en el cual los muchachos pueden escapar de los males de ambas y disfrutar del beneficio de la calle. Pero lo que acentúa Bernard Shaw con gran acierto es el régimen de vida común, corporativa, infantil, poniendo como ejemplo la «provincia pedagógica» del *Wilhelm Meister*, de Goethe, en la que alternaba el juego y el trabajo de los niños en un régimen de libertad y disciplina a la vez. Es decir, como él mismo advierte: «Un mundo infantil donde el niño puede ser un pequeño ciudadano con leyes, derechos, obligaciones y recreos adecuados a sus habilidades y a sus capacidades».

Esa certera visión pedagógica de Shaw



Bernard Shaw

está en contraste con algunas ideas anticuadas, impropias de una mente tan abierta a todo lo nuevo como la suya. Así cuando dice que hay que enseñar dogmáticamente, por autoridad, ciertas cosas hasta que el niño pueda razonar o discutir, se pone en contradiccion con las ideas expuestas hace ya más de un siglo por Rousseau y Pestalozzi de sustituir la autoridad del adulto por el imperio de la realidad, y las palabras por la necesidad de las cosas. ¿Qué quiere decir «se debe enseñar al niño a sumar antes de que comprenda la aritmética, y antes de que le interese el idioma debe aprender de memoria paradigmas y reglas?» Justamente lo contrario es lo cierto. Para que el niño aprenda la aritmética o el idioma hay que interesarle por ellas. hay que crear situaciones en que perciba su necesidad y su beneficio. Por lo demás, esto es lo que pide el mismo Shaw en otro lugar cuando dice que al niño se le debe dar alicientes para aprender, incluso ofreciéndole monedas para determinados trabajos.

La parte más crítica de Bernard Shaw se refiere a las *Public Schools* inglesas y a su supuesto o real snobismo. Pero no nos interesa discutir ahora este tema, que ya hemos tratado en otra ocasión en este mismo lugar. Lo que sí puede interesar es su oposición a la prolongación escolar más allá de los 14 años, que está en contradicción con la tendencia existente en Inglaterra, Estados Unidos y Rusia a ampliarla hasta los 16 o los 18. Shaw critica esa tendencia porque cree que esos años de plus se van a dedicar a una educación académica o de lujo, cuando, por el contrario, se trata de dar en ellos una educación a la vez realista y humanista, clásica y moderna para la vida en vez de hacerlo solamente para la universidad, pero que aspira también a facilitar el goce de los bienes del espíritu a aquellos que no los disfrutan actualmente y para los que tienen también derecho. Precisamente esto es lo que quiere Shaw, sólo que no da la solución acertada; la suya es más bien la de un «amateur» o la de una junta de damas de beneficencia.

El hecho bien conocido de que la educación marche a un paso más lento que la ciencia, y que por lo tanto tarde en adoptar los hallazgos de ésta, da a Bernard Shaw motivo para numerosas críticas, que son sobre todo aplicables a los colegios clásicos ingleses, conocidos por su resistencia a las innovaciones. Pero lo que no advierte aquél es que junto al aspecto intelectual, instructivo y por lo tanto variable de la educación, hay el formativo, que no necesita variar con tanta frecuencia. Las virtudes morales están reconocidas generalmente como valores de cierta estabilidad, aunque en el detalle puedan modificarse con el transcurso de tiempo. Por otra parte, aun los mismos progresos científicos necesitan el contrapso de los postulados éticos. Ejemplo de ello, lo que significan las armas atómicas, destructoras de ciudades y personas en masa, para nuestro tiempo.

En relación con este problema se halla el tan discutido de la intervención del Estado en la educación, que Shaw considera parcialmente. Para él «el Estado insistirá en lo que nosotros llamamos formar el carácter del niño como ciudadano, y si los padres les inculcan ideas subversivas, se les arrebatarán con la misma decisión que en el caso de Shelley y Annie Bessant». Esta afirmación no puede ser más peligrosa y puede llevar a la misma situación que en los regímenes totalitarios. ¿Qué significan las «ideas subversivas»? ¿Cuáles tienen este carácter y cuáles no? Por otra parte, en el conflicto entre los padres y el Estado, Shaw pasa por alto el valor esencial, el niño mismo superior, en este caso a ambos. En último término, lo subversivo debería de ser lo que es perjudicial para el niño, que vaya contra su naturaleza y su futuro desarrollo. Pues en el niño hay otros aspectos que cultivar que el del ciudadano, a saber, el del niño mismo ahora y el del individuo, el hombre, más tarde.

Como compensación, sin duda, a estas afirmaciones tan peligrosas, Bernard Shaw afirma que la educación no debe ser sectaria ni proselitista. «En ella debe predominar como la verdadera fuente de la conducta decorosa el sentido del honor». Nada más cierto. La dificultad está aquí también en determinar cuál sea ese sentido, ya que, según él mismo dice, cada clase social tiene una concepción diferente de la vida y por tanto del honor. Esto nos lleva, a su vez, al problema de los fines inmanentes y trascendentes de la educación. ¿Hay algo superior a la vida misma del niño, al desarrollo del ser juvenil? Este problema, que naturalmente no plantea Shaw de un modo teórico, lo resuelve sin embargo en otro lugar negando los fines trascendentes a la vida y afirmando el *élan* vital como principio inspirador de ella.

Reconociendo todo el valor de la educación, Shaw no cree que ésta acabe con la edad juvenil, sino que la considera como una obra de toda la vida. «La educación—dice—no concierne únicamente a la infancia. Yo ando en mis ochenta y ocho años, y, aun en mi muy limitada capacidad, tengo mucho que aprender». Esta educación prolongada puede realizarse en dos formas esenciales: como autoeducación o autoaprendizaje o como una función organizada por medio de instituciones sociales o del Estado. La «adult education» que tanto desarrollo ha alcanzado últimamente en los países anglosajones y escandinavos con sus cursos y conferencias, sus teatros y conciertos, constituye un ejemplo de la acción educativa que Bernard Shaw recomienda especialmente. El arte, sobre todo, es para él, en este sentido, el máximo educador. «Sostengo—dice—que el estadista debería poner las bellas artes como elemento político a la altura, sino por encima de la religión, la ciencia, la instrucción y la capacidad para la lucha. Sin embargo, ni siquiera tenemos un ministerio de bellas artes».

Tales son algunas de las ideas de Bernard Shaw sobre educación, muchas de las cuales son, como hemos visto, muy certeras y otras que no lo son tanto. Su contribución más valiosa aquí es sin duda la crítica que hace de ciertas instituciones inglesas, quizás atrasadas respecto a la marcha del tiempo, pero que han hecho posible la continuidad de la acción política de las clases dirigentes británicas, sean conservadoras o laboristas, llámense sus directores Mr. Churchill o Mr. Attlee, ambos educados en los mismos colegios y ambos inspirados en ciertos aspectos por un mismo espíritu. Las opiniones y soluciones concretas de Bernard Shaw pueden ser discutibles, pero sobre ellas hay en él un amplio sentido humano, una comprensión de lo justo y de lo digno, que lo colocan a la altura de su nombre y que hacen de él un verdadero educador.

LORENZO LUZURIAGA

AÑORANZA

Dedicado a don *Julio Acosta*, compañero de mi padre en la infancia.

Soplaba el viento frío de Diciembre, y en el aire había una esencia sutil de albahaca y mirto, de musgo fresco y olor a montaña. Del campo venían las carretas cargadas de parásitas, de helechos arborescentes, y de piñuelas y cohombros.

Ya se sentían los pasos de la Navidad. En todos los rostros se dibujaba la esperanza de recibir algún aguinaldo; de reunirse con algunos familiares para la cena del veinticuatro o de ver a alguien, que acaso sólo una vez al año, podía encontrar el tiempo para pasar con los suyos una noche.

Del puerto llegaban lindas porteñas de ojos chispeantes que solían economizar durante un año para venirse a San Ramón a pasar sus vacaciones, y que soñaban con encontrar en la bruma del cerro del Tremedal, amor de temporada, romance y alegría,

Han sido tradicionales los veraneos en la plácida ciudad de San Ramón, y muy buenas las relaciones establecidas entre los porteños y los ramonenses.

En el año en que ocurrió lo que voy a contar, no había servicio de camiones, y la correspondencia solía llegar, en buen tiempo, entre cinco y seis de la tarde. Yo acostumbraba sentarme con mi padre en el corredor de la vieja casa a conversar mientras llegaban los periódicos.

En los pueblos, generalmente se come temprano, y por tal motivo, con muy pocas excepciones, la hora de la comida había pasado cuando el cartero llegaba con las noticias que nos ponían en comunicación con el resto del mundo.

Comentar los cables, leer en la biblioteca de la escuela, bailar en el Club y jugar a los naipes, era principalmente lo que hacíamos las muchachas porque el cine era bastante malo y no valía la pena ver las películas en un teatro incómodo.

Para la juventud, no había nada como el baile, la música y las noches de luna.

Un sábado del mes de Diciembre, en que brillaba la luna esplendorosamente, como para favorecer a las viejitas religiosas que asistían a un novenario en la parroquia central y a los muchachos que encontraban siempre algún pretexto para improvisar un baile, pasaron frente a mí los atriles y los músicos y me dí cuenta de que habría una fiesta en la vecindad, y así fué efectivamente. Pronto llegaron a mis oídos el rasgueo de una guitarra y las melodías de una voz masculina, que entonaba una canción. ¡Desde aquel momento dejó de interesarme el comentario del cable. Perdí totalmente el control, y me era muy difícil mantener los pies en un solo lugar. La sangre española de mis antepasados, mis dieciseis años y la herencia paterna me impulsaban a abandonar el hogar para lanzarse al torbellino, en que los muchachos y las muchachas de mi edad en loca algarabía, participaban en la fiesta.

Mi madre había ido a la iglesia a pedir por el descanso de las ánimas benditas del purgatorio, la salud para los enfermos y el perdón para los pecadores, entre los cuales, sin duda alguna, estaba yo, que en aquella noche memorable había de escaparme sin autorización paterna y aprovechar la ausencia de mi madre, para bailar tanto tiempo como las circunstancias me lo permitieran.

Mi padre era un hombre cuya bondad y tolerancia no tenía límites. Lo amaron todos los que lo conocieron. No lo temió nadie. Tuvieron veneración por él, los trabajadores y los humildes. Se le enfrentó a los potentados y les tendió la mano a los que para ascender, necesitaron de su apoyo. Jamás estudió psicología, ni creo que supiera nada de los métodos modernos de la enseñanza del gran Profesor Decrolí, ni de María Montesori; pero a fe mía, que su talento innato, su clara inteligencia, y su gran corazón, le permitieron comprender la vida tanto como los que durante muchos años, se han dedicado al estudio de los problemas educacionales más escabrosos. Yo lo respetaba sin temerlo, lo amaba con ternura y le tenía confianza. Mas, el caso es, que habiendo quedado a su custodia, y sabiendo que tenía instrucciones de mi buena madre de no dejarme salir después de las ocho de la noche, decidí pretextar que tenía mucho sueño, y darle las buenas noches para retirarme a mi cuarto, afirmándole que me iba a dormir.

No encendí la luz, por temor de que se dieran cuenta de que en vez de acostarme, estaba frente al espejo acicalándome como la cucarachita mandinga, para ir a buscar el príncipe azul de mis sueños. Salí por la ventana, sin hacer el menor ruido, y ya en la calle, dije para mi capote «a bailar se ha dicho!» Pronto encontré en el salón a mi novio y no me hice de rogar cuando me ofreció su brazo para que lo acompañara.

Tal era el entusiasmo de aquella juventud alegre y sana, que no se conformaba con bailar, sino que tenía que subrayar el énfasis de su regocijo, cantando y danzando al mismo tiempo.

Mi intención fué únicamente robarle a la vida de colegiala una hora de expansión, y regresar a mi casa antes de que se terminara la ceremonia religiosa; a fin de no poner a mi padre en entredicho por no haberme sabido cuidar en ausencia de mi madre.

Sin embargo, como perdí la noción del tiempo, se me pasó la hora sin darme cuenta, regresó a la casa mi mamá, y hubo de pedirle cuentas a mi papá.

Afortunadamente no le preguntó por mí; sino que comenzó por decirle que me había visto en el baile y que sin duda alguna me había ido sin su consentimiento; a lo cual él contestó que algo había de eso pero, que no era exactamente como ella se lo imaginaba, porque si bien era cierto que él me hacía durmiendo, recordaba que algo le había dicho yo y que sin darse cuenta, mecánicamente, había contestado, después de mi gran discurso «Vaya, asómese al baile y vuelva ligerito». Esto lo eximía del pecado de haber tolerado el desacato de una orden que yo debía obedecer, pero no era la verdad, y sólo tendía a disminuir la gravedad de mi desobediencia.

Para evitar que mi papá ejerciera represalias, se ofreció a proceder con energía y a hacer que volviera al redil la oveja descarriada.

DOS SONETOS

(Atención del autor)

SAN JOSE, CAPITAL

Regreso a ti, ciudad ya casi mía.
De nuevo yo regreso deportado,
y otra vez, mi corazón de desterrado
como ayer se me llena de alegría.

Gracias, ciudad pequeña y bienhechora
porque me das esta ocasión preciosa
de olvidar a los poetas de la rosa
para escribir este mensaje ahora:

Oíd los hombres de mi clara tierra
este mensaje súbito que encierra
un evangelio fuerte como el mar.
Estoy junto a vosotros con mi tea...
¡Que no se puede deportar la idea
aunque lo quiera un simple militar!

SAN SALVADOR, CAPITAL

Siento que tú eres hoy mucho más mía
que ayer, y es por eso
que en el exilio amargo hay alegría
y que yo no deseo mi regreso.

Quiero verte de lejos. Cómo ansía
para que quepa en ti todo mi beso
mi corazón en varonil exceso
saberte libre de tu policía.

Tu policía azul nazi-alemana
que ha llenado de sangre tu mañana
pintándola de horror.

Deseo que al volver junto a tus brazos
no vuelvan a manchar ya tus ocasos
esos ombres sin H y sin valor.

OSWALDO ESCOBAR VELADO

San José, Costa Rica. 1946

Ipso facto, se envolvió en su capa y fué en mi búsqueda. Al entrar al salón de baile su presencia llamó la atención de los concurrentes. Era buen mozo, tenía seis pies de altura, los ojos chispeantes, la nariz perfilada, un mostacho descuidado y un semblante entre severo y jovial. Su garbo, su prestancia, su dignidad, llamaron la atención de todos los que dedujeron que venía por mí, y que no era fácil dárselas con aquel hombre que recordaba al fiero conquistador español, a pesar de tener algo místico en su apariencia.

La orquesta enmudeció porque todos los músicos lo conocían y sabían de su valor, de sus arrestos, y hasta de leyendas de acuerdo con las cuales era un hombre que se levantaba del suelo, cuando un toro le había dejado en el pecho la huella del casco, para lanzar otro suspendiéndose sobre los estribos de su albarda.

Mi novio desapareció como por arte de birlibirloque y yo me sentí como una niña huérfana y desamparada. Sin musitar una palabra me dió con la mirada fiera, la orden de abandonar el salón y coger el camino de mi casa. Ninguna escena tuvo lugar después de esto. Los bailarines buscaron a sus compañeras y la música prosiguió mientras nosotros salíamos.

Del salón de baile a mi casa sólo había una distancia de una cuadra; pero me pareció que era enorme, porque mi padre rehusó contestarme una sola de mis preguntas. Caminaba taciturno, arrebujado en su capa, lentamente, y como si concibiera el más atroz de los suplicios para hacerme expiar mi falta de reflexión. Sobrevino una lluvia torrencial, relampagueaba, y tronaba, y a mí me pareció, al llegar a la puerta de mi casa, que el zig-zag de los relámpagos escribía en el cielo ennegrecido aquella fatídica frase del Dante: «Perded toda esperanza los que entráis». En mi vida sentí un terror más grande, era el terror de romper las cordiales relaciones que habían existido entre nosotros a lo largo de dieciséis años. Era él espanto que da perder una devoción . . .

Ya en la puerta, me dijo con una voz muy bronca. «Ahora va a saber usted lo que es la mano de un hombre . . . Se ha acostumbrado a que le castigue su mamá y ha perdido el miedo y la vergüenza.»

Aquello me pareció increíble . . . Aquel hombre fornido, de seis pies de altura, capaz de domar un potro y atravesar las llanuras veloz como el viento, iba a dejar caer sobre mis espaldas el látigo que mi mamá solía tener colgando de una argolla en un clavo, donde pasaba muchas horas ocioso cuando nos portábamos bien.

Se caía del pedestal, donde mi cariño lo había colocado, el hombre que para mí simbolizaba el más perfecto compendio de fuerza y ternura . . .

Resolví entrar, como si nada extraordinario hubiera ocurrido, buscar la almohadita de plumas donde me arrodillaba, junto a la cama para orar, y esperar así a que se cumpliera en mí la voluntad del destino que iba a poner punto final a la más encantadora relación filial.

Haciendo un esfuerzo supremo por contener las lágrimas que subían del corazón a los ojos, dije con voz firme «Entre, ya estoy lista». El ruido metálico del roce de la argolla del chilillo y el clavo del cual colgaba, me heló la sangre. Las pisadas de mi padre en el silencio de la noche, me parecieron las de un gigante y sentí un deseo enorme de huir; pero me dominé, y dije para mi capote: «No he de llorar ni quejarme, que para algo soy hija suya y tengo que demostrarle que soy valiente; pero cuando amanezca no me encontrará aquí. Me iré a ganar la vida a cualquier casa donde me reciban por la comida y me dejen ir a la escuela.»

De pronto sentí que mi padre estaba ya a un paso de mí y oí que dijo: «Esto le va a servir de escarmiento». Me encogí como un perro tímido cuando un déspota levanta un látigo y sentí en la boca un amargor parecido al de la quinina. Sin poderlo evitar me estremecí de los pies a la cabeza, al oír que a estas palabras seguía el chasquido que había de preceder a la tortura en un cuerpo acostumbrado a recibir de vez en cuando un leve dolor cuando era mi madre quien lo usaba, más para asustarme que para hacerme daño físico.

Atónita me quedé, cuando oí caer el látigo en un rincón de mi cuarto y sentí que el gigante me tomaba en sus brazos y acurrucando mi cabeza junto a su pecho, se deslizaba por la amplia habitación cantando: «De la luna al resplandor, brindaremos por el amor. . .»

Esa era precisamente la canción que yo entonaba mientras bailaba con mi compañero, en el momento en que mi padre entró al salón para llevarme a mi casa, y en que mi novio huyó en precipitada fuga para dejarme a mi destino. Cantando me llevó en sus brazos y blandamente me colocó en la cama como si hubiera sido un niño recién nacido, y besándome en la frente me dijo: «Que Dios le dé muchos años y la oportunidad de brindar por el amor, de ser muy feliz, de bailar y vivir contenta» y se alejó de mi cuarto suavemente, para no despertar a mis hermanitos, que acatando las órdenes de mamá, se habían acostado temprano. No pude contener el llanto y lloré a gritos, en forma tal, que mi madre debió haber supuesto que mi padre se había excedido y acudió en mi auxilio atravesando el jardín que separaba su habitación de la mía y dijo deteniéndose en la puerta, «Tampoco era para que te la comieras, porque los hijos son de la madre.»

CORINA RODRÍGUEZ

San José, Costa Rica,
Setiembre de 1946.

DIBUJOS SOBRE EL GENESIS

Por VÍCTOR LORZ

(En el *Rep. Amer.*)

1

El mundo no existía. El tiempo no existía. Nada existía. Sólo existía el viejo dios flotando como un globo cautivo en la vaguedad de *un algo* que tampoco existía.—Aburrido en su dicha, resuelve acometer una aventura peliaguda: crearía al hombre. Pero ¿dónde lo pondría no existiendo el espacio? Pues crearía antes el espacio! Y de su manga divina sacó el espacio y lo extendió como una sábana sin principio ni fin. ¿Y en qué momento lo crearía, si tampoco existía el tiempo? Pues crearía también el tiempo! Y con sus divinos dedos, y como quien devana un hilo, devanó el tiempo y lanzándolo con toda su fuerza atravesó con él el espacio de parte a parte. Estando ya todo listo, empezó la función.

Y dijo Dios: Ahora, esto!
Y dijo Dios: Ahora, eso!
Y dijo Dios: Ahora, aquello!
Y dijo Dios: Muy bien.

Y por arte de birlibirloque el mundo fué saliendo, tira tras tira, de la manga ancha de Jehová en seis días naturalas de veinticuatro horas cada uno. Esto sucedía hace siete mil años, uno más, uno menos. Y nosotros, espectadores niños, sentados en el banco de la escuela, asistíamos atónitos a esta función de magia. El viejo dios con la pericia de un artista separaba con sus finos dedos el caos de la luz y ponía cada cosa en su sitio: la luz aquí, el caos allá. ¡Qué bonito! Agitaba la manga divina y sacaba de ella elefantes y constelaciones, como si tal cosa y todo lo ponía en su sitio: arriba las constelaciones, abajo los elefantes. ¡Maravilloso! Como una lámina de Gustavo Doré! Como quien no hace nada, volcaba Jehová sobre una mesa y a nuestra vista, sombras y luz, montes y mares, noches y días, estrellas y nebulosas, floras y faunas. El viejo dios era un mago estupendo. Y nosotros... éramos aún niños! Nuestro corazón era transparente y nuestro cerebro era liso y carecía de complicaciones. Hoy la cosa no nos parece tan sencilla. Empezamos a sospechar que el mago trabajaba demasiado a prisa. Y que iba cocinando el mundo a fuego vivo, cuando la condición de la obra de arte es el fuego lento. No, el mundo no se puede hacer como un buñuelo. Jehová lo quiso hacer así, y pronto se arrepintió en el paraíso.

2

Todos nuestros conocimientos están inscritos en un sistema de coordenadas que llamamos *espacio* y *tiempo*: los dos infinitos a los cuales referimos nuestras nociones sobre las cosas. Sí; toda la ciencia, todos los actos se fundan en la representación que nos hacemos de las cosas, unas *después* de otras, o bien, unas *detrás* de otras. *Nihil est in intellectu*... Y nuestro espíritu con ayuda de los sentidos lo va ordenando todo y clasificando todo en el tiempo y en el espacio, como en los dos cuadros de un retículo.

Pero si el mundo es infinito en el espacio, como lo prueba la astronomía, lo es también en el tiempo; pues según el principio de contradicción, una cosa no puede ser finita e infinita a la vez. A igual conclusión llegamos por la paleontología que asigna a la vida de nuestra bolita espacios de tiempo aterradores e inconmensurables. Así que, por las dos vías corrientes, la especulativa o filosófica y la empírica, o bien por la deducción y la inducción llegamos al mismo fin. Digamos pues, que el mundo es eterno, aunque se enojen los mismos señores que se enojaron cuando Galileo corrigió a la Biblia, o cuando Copérnico demostró que la tierra bailaba como una esclava alrededor del sol, *imperátor et rex*. Y dejemos que sigan diciendo que la tierra fué creada en el tiempo por arte de magia, en una de esas funciones de prestidigitación tan gratas al *statu quo*, a la turbamulta ignara que no lee ni piensa, y que deja a los magos el cuidado de pensar por ella. Algún día caerá del burro como cayeron otras después de Galileo. Porque la ciencia no tiene prisas ni bilis como la fe, y espera con calma que el tiempo obre, convirtiendo la magia en filosofía y los mitos en historia.

3

¿Y cuándo apareció el hombre sobre la tierra? Probablemente nunca lo sabremos a ciencia cierta, cosa que después de todo no tiene importancia. Lo importante es saber que no bajó de lo alto en una canastilla de hadas, sino que es hijo de la tierra y cuyos orígenes se dan la mano con la animalidad y la desdicha más extremas. Lo sabemos con certeza. En cuanto a animalidad el *homo sapiens* puede estrechar la mano del orangután sin sonrojarse; y en cuanto a desdicha, puede envidiarle a la rata la dicha de haber nacido vestida. Los principios del *anthropos* no son ciertamente como para ser envidiados. Alalo y desnudo, jamás se imaginó que al correr de los milenios sería convertido en hombre perfecto y feliz, hijo de Dios. ¡El, que parecía más bien hijo de gitano, ya que la filosofía gitanesca no quiere para sus hijos buenos principios! ¡El, que cuando su cerebro madurara, acabaría por crear a los dioses a su imagen y semejanza sacándolos de su propia cabeza! ¿No fué Heráclito quien nos enseñó que el hombre es la medida de todas las cosas, *pánton krêmaton mêtron, anthrôpos*? Sí; hasta de los dioses.

Cuando el *pitecantropo* cascaba huesos de oso para chuparles el tuétano en compañía de su *pitecantropa* a la entrada de la caverna, estaba aún muy lejos de poder tejer filigranas en su cerebro. Harto tenía con acallar el grito de las tripas, en el cual resumiría él toda la música de las esferas. Empero, poco a poco su cerebro maduraría. El cerebro es algo que no sólo vive sino que *deviene*. A medida que el hombre comiera mejor, su cerebro se haría fuerte, su memoria se haría rica y el pensamiento brotaría espontáneo y cada vez más robusto. En su duelo a muerte con la naturaleza, algún día ganaría un poco de descanso y empezaría a cavilar, a filosofar, a barajar ideas, primero simples, luego más complejas. Metería en su cráneo como en un mortero cosas, hombres y dioses. Lo machacaría todo bien y lo pondría a cocer a fuego lento en su pensamiento. Hurgaría el precipitado, es decir, buscaría la *razón* de las emociones despertadas en él por el mundo exterior. ¿Cuántos milenios pasarían entre cada dos procesos? Intentaría explicaciones pueriles, pero suficientes a su mentalidad de niño. Daría alma a todas las cosas. Las convertiría en dioses y acabaría por dar a éstos fines e intenciones ocultas. La posición mental del hombre primitivo es teleológica y panteísta. Y aunque no perciba claros los fines de la naturaleza, pero cree en ellos como cree en sus intenciones ocultos. Pero el proceso de maduración seguiría y el cerebro iría elevándose en la busca de las causas. Y el Ajo y el trueno y la vaca y las trombas y la fiebre y los filtros y los talismanes y la sífilis; y la *Dea Partunda* y la *Dea Rumilia* y el *Deus Stercutius* y el *Deus Crêpitus* (que por decoro no traduzco) cederían el paso a concepciones más altas. El camino de la magia había sido largo y lo sería todavía porque el hombre gusta más de la magia que de la ciencia. Pero acabaría por morder la manzana del bien y del mal perdiéndoles el miedo a los dioses. Desde la edad del sentimiento que lo es todo en la infancia (en la doble infancia de la humanidad y del niño) se asciende penosamente a la edad de la razón, en que las cosas se simplifican porque es la edad de la síntesis. La razón y el sentimiento sólo pueden estar acordes en la infancia, en esa edad cristalina en que el sentir es a la medida del saber, en que la razón se entrega generosamente al mandato del corazón. Pero ya en la juventud las dos potencias se bifurcan; y a medida que se avance en la vida estarán más desacordes. El sentimiento que no es sino la adhesión generosa de la voluntad a una cosa que no se entiende, irá cediéndole el paso a la razón autónoma. Y ésta se entenderá cada vez menos con la fe. Para el caso, importa poco que se tenga una fe y que se practique una religión. Se puede practicar una religión y ser un ateo. Esto es cosa corriente entre la gente de iglesia. Religión e irreligión se tocan por las extremidades. La religión para la turbamulta es no sólo cuestión de costumbre sino de sentimiento y de corazón. Ya sabemos que el *corazón tiene unas razones que no comprende la razón*. Para los filósofos, es asunto de razón: es una pregunta hecha al infinito para averiguar su secreto. Pero, una pregunta que no espera respuesta, porque el filósofo sabe que un ser finito no puede entenderse con el infinito. Entre finito e infinito, física y metafísicamente, es imposible *relación alguna*, es decir, *religión alguna*. Toda religión es una sonda arrojada al mar del infinito para sondear lo insondable. La diferencia entre el creyente y el incrédulo es ésta: el creyente cree que el infinito es abordable. El incrédulo *sabe* que el infinito es insondable y no está dispuesto a perder su tiempo buscándole tres pies al gato. Sabe que la teoría del reloj y el relojero, no sirve para el caso. Para que el mundo fuera *creado*, sería menester que el *Cosmos* pudiera compararse a un reloj. Pero el *Todo* es infinito en el espacio y *no* un reloj que cabe en el hueco de una mano. Y siendo ello así, tiene en *sí mismo* la razón de su existencia. Y por ser su *propia razón*, es infinito en el tiempo: es decir, eterno.

Costa Rica, octubre de 1946.

SOÑAR DESPIERTO...

(Envío del autor).

En la noche del jueves 31 de octubre (1946), soñé yo que había escrito una carta a doña Sofía Araya de Rosales.

Le pedía un pájaro. La contestación no se hizo esperar, pues el pájaro me llegó por duplicado. Quiero decir, que en vez de uno, me llegaron dos hermosísimos pájaros blancos, con pico de coral . . .

Como en el simbolismo con que, por los «colores» nieve y escarlata, se manifiesta el ideal de la Cruz Roja, estas cristalizadas flores blancas, prestas al vuelo, tenían para mí, muy al vivo, representado otro símbolo: el de un casto y sublime amor.

Yo no pedí lo que pedí con predisposición. Pedí con ingenuidad y por el placer de pedir a quien bien se estima. Pero . . . al ver la maravilla alada, pensé en que podría agradar a aquella mujer que constituye en mi vida, ay! tan metida en el dolor, la razón de una felicidad cabal.

«Metida en el dolor, mi vida», he dicho, sin que la cobardía, ni la tristeza, menos el abatimiento—quiero sentirlo— tengan cabida en mi mundo de sacrificios, hasta pensar que, situación tal, para el bien entendido de la felicidad que disfruto, tan relativa es, exigía, como en las grandes redenciones, el propio sacrificio de algo que tuviese equivalencias a la dignidad del mismo ideal perseguido.

Y mis lágrimas que correrán simultáneas con otras, nacidas al cruel golpe de un mismo destino, buscando con nostalgia, pero sin violencias la claridad de aquel mar, tan presentido, son dignas, como son dignas las suyas, *y ahora pienso en ti, adorada mujer*, de nuestro amor, hecho rosal en puro invierno.

Y entre esta mujer y yo sigue renovado en cada instante del día, el sacrificio, y envueltos por una misma luz, luciérnagas rompiendo noche, habrán de seguir su camino de silencio, siempre juntos, pero desmaterializados, hermanos por la carne y novios por el corazón, en compromiso sellado por una divina esmeralda.

Conforta el pensar que voluntariamente nos tendimos en esta cruz, tan dolorosa: sostenidas en los principios, iban nuestras almas a levantarse en ella, sin renunciar a lo que de amor probado había, amor razonal y justo: amor por correspondencia; amor sin cálculo, hecho en la intimidad del ser, amor fuerte; amor ilímite hasta lo imposible: en-

gendrado en el deseo de la armonía, nunca mejor satisfecho que, cuando por afinidad, se juntan las almas . . .

La necedad humana, empero, iba a manchar lo que de grande encerraba aquella Cruz, con ser ella, por sí sola, símbolo de toda grandeza; y no por nosotros, sino por otros, se trazó el destino: . . . hay en este juego sangrante de cosas, un tal misterio que—a medida que se cuela por entre resquicios la luz en la propia sala azul de la ilusión, se ensancha desgraciadamente en penumbras sobre las torres negras del orgullo.

No quiero yo el mal para nadie, pero si vamos a las realidades, yo veo ahora una, y muy triste.

Quiero a fuer de cristiano, ofrecer algo de mi pena por lo que sólo una piedad me arranca; y quiero que ahí, hasta cuyo portón un día fuiste conmigo, como para desafiar, ay!, sin saberlo con tu grandeza moral un destino, quiero que tú vuelvas en pensamiento para pedir por lo que temerosamente debe llamarse una tragedia de hogar.

Nervo, Chopin y Listz, Petrarca y Dante sintieron con sensibilidad, no superior a la mía, lo que yo traigo como puñal, metido en el corazón.

Sólo que, por realización de destino, por sentirte moral y físicamente a mi lado, por bañarme en tu luz, por la dulce sujeción a que unido estoy a tu soberanía, y por bendita en el alma de mi madre, me siento, comparado con aquéllos, sencillamente feliz. Aquellos grandes . . . doloridos.

Pero, y los pájaros. Los tenía en mi mano y por lindos pensé en llevártelos. Corrí con ellos. La ansiedad me devoraba, como siempre, ansiedad de estar a tu lado.

Te encontré en una fiesta. Mi adorada madre que ahí estaba, me advirtió que te hiciera llamar, pues no quiso ella que fuera hasta donde indiscretas personas pudieran, así lo comprendí, empañar aquella sensación de dicha. No recuerdo, qué gracia te hicieran los pájaros, pero sí la dicha en tu gracioso rostro, cuando, sin saber que yo llegaba, me encontraste.

Así será siempre, mientras de más perfecto modo no estemos unidos, y sea sólo la cruz, con sus brazos abiertos, norte en nuestra existencia: luminosa cruz del Sur, en este duro, deleitoso caminar. Ir uno hacia el otro y llorar por el camino, mientras no vayamos juntos.

Luego . . . aquí va terminando el sueño, me fuí sin ti, ¡qué raro! a donde blancas banderas insuflaban triunfos de paz; volví para decirte que yo debía hablar y que, si querías oírme, vinieras conmigo.

No supe más nada. Sólo quedaba en la subconciencia la serenidad de tu gracia, hecha estrella en el fondo azul de nuestro propio cielo . . .

Tuyo más allá de la muerte,

GONZALO EMILIO ESTRADA

San José, Costa Rica,
noviembre de 1946.

SOMOS IGUALES

(En el *Rep. Amer.*)

—Escucha, tú, si es que en silencio lloras;
si crees en mi crueldad y en mi abandono;
óyeme bien, si mi castigo imploras,
en cambio yo por ello te perdono,

Hay algo ahora, en mi existencia entera,
que se aproxima a la sabiduría:
algo como quietud de sementera
para la siembra del siguiente día.

Ahora ya sé que la verdad sublime
en todos, por igual, se halla latente:
en ti es como la angustia que redime
y en mí, el ayer, que es un dolor presente.

Tu parte de verdad, como la mía,
es un rayo de luz en el camino,
que cada uno arrancó, en tenaz porfía,
de las garras de acero del destino.

¿Buscamos la ilusión?: no la encontramos.
¿Un gran amor, quizá?: si lo tuvimos,
perderlo es hoy el precio que pagamos
por esa realidad que descubrimos.

Yo buscaba la paz; tú, un dulce sueño.
Ambos fuimos valientes y sinceros.
Si sólo penas nos dejó ese empeño
fué porque equivocamos los senderos.

Jugamos a ganar: ¡los dos perdimos!
Al perseguir el sueño que alentamos
sólo vimos el sueño: no nos vimos
el uno al otro en el ideal que amamos.

Y ¿crees que sufres, tú, por tu derrota?
¿Que sólo tú perdiste la batalla?
¡Si es la misma verdad, la misma ignota
sensación de misterio la que se halla...!

Yo también la encontré, después de todo.
No creas en la falacia de la gente
que sólo a la mujer le enrostra el lodo,
como si el hombre fuera diferente.

—Escucha. Piensa bien. No es una vida,
son dos las que tú envuelves en tu encono.
Los dos pusimos fe en esa partida.
Compadéceme tú. ¡Yo te perdono!

ROMÁN JUGO

Costa Rica, 30—X—46.

COMENTARIO

de JOAQUÍN GUTIÉRREZ

(En el *Rep. Amer.*)

Una burbuja en el limbo. Por Fabián Dobles. Editorial L'Atelier. San José, Costa Rica. 1946.

Con esta, su tercera novela, el escritor Dobles reafirma su terca disposición a jerarquizarse dentro de los mejores escritores de la literatura contemporánea costarricense. Ya había exteriorizado su ambición al abandonar la poesía que cultivó en su juventud extrema—aun cuando publicara un tomo—¿póstumo?—de lírica el año pasado—y reincide en abordar en prosa su propósito; y al escoger la novela como género evidencia una ambición no desproporcionada, ya que ha demostrado haber superado las enormes dificultades que le ofrecía.

Con paso seguro ha ido adquiriendo maestría, alquimia, técnica cada vez más depurada, alto dominio de la forma, seguridad, transparencia y emotividad.

Todavía, un poco tímido para romper con los cánones rituales de la arquitectura novelesca, mantiene en su *Burbuja* un criterio convencional: para la introducción de los personajes y para la fabulación del escritor que se inmiscuye, tal vez demasiado, en el recorrido de la obra. Hubiéramos preferido algún recurso moderno de mayor agilidad para hacer entrar en escena al abuelo, padre, madre, hermanos y tía del protagonista, y esa parte de la novela se resiente de monotonía técnica.

Por otra parte la arquitectura también se lastima al no haber sabido aprovechar con mayor frecuencia el elemento «tiempo». La sugerencia adelantada de lo que ocurrirá así como la insinuación de una etapa ya vivida que todavía el novelista nos niega, ha pasado a ser en la técnica contemporánea del género, elemento casi imprescindible para la captación del interés. Con excepción del primer capítulo-centinela avanzado—la obra sigue en general el desarrollo cronológico. Esta limitación a las tres dimensiones y el abandono de la cuarta—en profundidad temporal—planos simultáneos entrelazados—le da a los capítulos una cierta sucesión de linterna mágica, muy siglo XIX.

Con respecto a la arquitectura no podríamos agregar sino que cumple todavía con otro precepto clásico más: la sucesión coherente de introducción, nudo y desenlace, que si bien en armonía con los otros elementos de la obra: estilo, transparencia, emotividad—le veda el atractivo del misterio, tan bien explotado, digamos, por un Faulkner. Por no citar al gran capitán de la modernidad, el monstruoso Joyce.

La temática es admirable. Aun cuando escoge un tiempo ido su obra ofrece una lozanía de hecho «ocurriendo». Gran habilidad en la recuperación histórica, en la vivificación del pasado, en el eslabonamiento de sugerencias con el presente. Incluso cierta ponderación necesaria de lo sociológico para darle un hueso más que afirme la trama. Y un enlazamiento con sucesos políticos actuales que no puede escapar al ojo avizor.

Sus personajes muy bien captados. Con

excepción de la tía, elemento grotesco, mal trabajado, caricaturesco y algo pornográfico, un poco a la manera de la predicadora de Caldwell en el *Camino del Tabaco* y con los mismos defectos de ese personaje. Choca con los otros, trabajados con mayor sutileza y mayor comprensión humana.

El protagonista admirable. Revive la leyenda de Aladino, personificación de la irrealidad, de la fantasía, del poeta. Los capítulos en que domina son gratísimamente felices, sobre todo en el que aperece como un dormilón incorregible y en el titulado *Debajo está la voz que tiembla*. Contribuye, en excelente medida, a descifrar y complementar el caso del prototipo *Aladino*, vigente y permanente en toda la humanidad. Con tanto valor real, como prototipo, como puede serlo Hamlet de la duda, Quijote de lo heroico-idealista, o cualquier otro. Es el Aladino que soba su lámpara de maravillas y crea, puebla, engendra, todo un mundo de imágenes sobrenaturales. Vive dentro de sí mismo y sin embargo vive en el más vasto, más copioso, más deslumbrador de los mundos.

Cooperan con Aladino en su tarea y le piden prestada a ratos la lámpara, el hermano versificador, el campesino de las fábulas y el artesano de la guitarra. El extranjero del hallazgo ya no es sino el «manager» de los aladinos. Incapaz para utilizar la lámpara por sí mismo.

Anotaré, con respecto a la intriga, que ha sido muy bien armonizada con las características todas de la obra, y después que termina la primera parte de las «presentaciones» se desenvuelve bien hilada y bien tramada. El clima final efectista pero indispensable.

Al estilo, en términos generales excelente, habría que hacerle algunos reparos: daña en cierto modo la verosimilitud de la obra porque conjuga una perjudicial disparidad entre la palabra hablada de los personajes y el modo como se comportan. Por ejemplo un parlamento de Rosa, el más largo de los suyos, cuando se refiere al pecado, es artificial. O si nó, por citar un caso más concreto, cuando Ignacio, en una escena muy fina de desnudez, le pide a Rosa que no le «vede» los senos. En este caso el verbo «ocultar», más natural, hubiera coadyuvado al efecto preciso.

También aflige al estilo el exceso de relato sobre la novelación misma. En muchas instancias hubiéramos deseado que el protagonista «actuara» en vez de que el novelista nos relatara en qué forma actúa. Esta insistencia en narrar diluye la intensidad dramática y le resta fuerza a los efectos propuestos.

Por lo demás, la frase misma, el párrafo con un ritmo largo y elegante, rico vocabulario, plasticidad y gran contenido poético.

Para analizar, por último, la trascendencia social de la obra, no tenemos reparo ninguno que hacerle. Aun cuando evidencia un «escapismo» en el tiempo no hurta el cuerpo a los problemas fundamentales del momento *político* de la época, contiene desahogadas filípicas contra los comerciantes y los abogados y eslabona, como ya lo anotamos, con el momento presente, a traves de numerosas sugerencias. Eso sí, en ningún momento alcanza a soslayar siquiera ningún problema, no ya político sino social, derivado de la lucha de clases. Por lo contrario, hay un ambiente de égloga, en la actividad campesina que relata, que no corresponde. Pero decimos que no tenemos reparo que hacerle porque es explicable que el autor, después de haber tratado el tema social en sus dos novelas anteriores, haya sentido la necesidad de «darse unas vacaciones» en el pasado, olvidando un poco los agudos problemas del presente. Y eso es un justificativo como cualquier otro. Sobre todo si consideramos que Dobles es un antipolítico por naturaleza, reacio a entregarse a una actividad que no sea la literaria. Pero esto ya sería un problema del autor y no de la obra, —aunque en ésta se refracte— apto para ser analizado en otro artículo, más adelante.

En fin, una irisada burbuja de arte en nuestra incipiente literatura, un halagador esfuerzo y un paso más hacia adelante de Fabián. Que si hubiera reducido sus dimensiones (lee, Fabián, «El Hijo Pródigo» de Gide) para haber logrado una mayor decantación del elemento poético—un poco perdido dentro del relato—podría haber dado origen a una pequeña obra maestra.

Santiago de Chile, octubre de 1946.

NOTICIA DE LIBROS

(*Viene de la página siguiente.*)

que nos viene de fuera, contribuyendo ellos mismos al descrédito de lo nacional de manera aspaventosa y cruel, jamás dándole crédito a nada que sea portorriqueño.»

*

Son los dos últimos libros que hemos recibido del gran publicista argentino, vigilante y preocupado, Alfredo L. Palacios:

En defensa de la Libertad. Buenos Aires. 1946. Editorial *Ponfilia* (Amor a la tierra).

(Ahora pelea don Quijote, por la paz, sobre la meseta de la pampa. El futuro de la humanidad que ha de nacer se juega en esa aventura. Si se pretendiera repetir la infausta hazaña de arrancarle el nuevo lauro, ello significaría que penetra en la civilización el grave proceso demencial conducente a la disgregación atómica.»)

Soberanía y Socialización de Industrias. Monopolios, Latifundios y privilegios del capital extranjero. Editorial La Vanguardia. Buenos Aires 1946.

(El socialismo propugna la transformación de la propiedad porque ella significa un medio para llegar a la liberación del proletariado. Combate el régimen capitalista porque es incompatible con la dignidad humana. Quiere el desarrollo armónico de las facultades del individuo, afirmando el principio ético de que cada hombre es un fin en sí mismo, carácter absoluto que no corresponde a las cosas. En cambio, el capitalismo no ve en el hombre el fin racional de la economía sino un medio económico. Y eso no podemos admitirlo los que sentimos un profundo respeto por la persona humana).

Señas del autor, hombre de principios y por lo tanto, de carácter: Charcas 4741, Buenos Aires. Rep. Argentina.

EDITOR
J. GARCÍA MONGE
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrición men. ₡ 2.00

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.
José Martí

EXTERIOR:
EL TOMO
(30 números):
$ 5 dólares
Giro Bancario
sobre Nueva York

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los libros, folletos y revistas que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

El caso ejemplar del escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle, americano preocupado de su América, amigo y colaborador en estos Cuadernos.

Nos acaba de remitir:

Bolívar en México. 1799-1832. Compilación, Prólogo y Notas de Rafael Heliodoro Valle. México, 1946.

Es el número 2 de la segunda serie del Archivo Histórico Diplomático Mexicano. En las Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Departamento de Información para el Extranjero.

(«Su rápida visita, a la que llamó la «opulenta México» en carta al Gobernador de Curazao (21 de octubre de 1813) le fué más tarde profunda insistencia en sus preocupaciones y hasta le gustaría volver a México, según lo advirtió al General Santander (20 de mayo de 1825) cuando pensaba salir fuera de Colombia: «Si el gobierno me quisiese emplear en Méjico, como agente diplomático, me alegrará porque al fin es un país agradable, sano e independiente».)

Señas del autor: Calle 25. Nº. 62. San Pedro de los Pinos, D. F. México.

*

La Biblioteca Central [Casilla Nº 471] de la Universidad de Guayaquil nos remite:

Rafael Euclides Silva: *Viñetas de antaño. Guayaquil, La Nueva*. Guayaquil, 1946.

Atención del autor.

El folleto es el número 2 de la Biblioteca Mínima de Ecuatorianidad. Divulgaciones de la Universidad de Guayaquil.

[«Valga este modesto esfuerzo para conmemorar el hecho crucial de la vida de Santiago de Guayaquil: su erección en suelo huancavilca con el aliento perdurable de España inmortal»]. El 24 de Julio de 1946 la ciudad de Guayaquil celebró su aniversario de fundación solariega.

*

Dr. Teodoro Alvarado Garaicoa, Catedrático de Derecho Internacional: *El Imperialismo y la Democracia a través de la Doctrina Monroe*. Guayaquil, 1946.

Es el número 5 de las publicaciones de la Universidad de Guayaquil. Ciencias Jurídicas.

(«El profesor Alvarado Garaicoa estudia la Doctrina Monroe, su nacimiento, su vivencia a través de nuestra historia. Con vigor juvenil y alto sentimiento americano señala las depredaciones del imperialismo consumadas bajo la invocación de la Doctrina Monroe, y la mengua que con ellas han sufrido la soberanía y la independencia de nuestros pueblos. La juventud no puede ni debe olvidar aquellos hechos. Es más, está obligada a prepararse a rechazar decididamente todo intento de volver a la vieja política de la garra tendida sobre lo América mestiza. Le corresponde la iniciativa para organizar sobre lo más valioso, libre y leal de la nacionalidad para la custodia del patrimonio común». *Son palabras significativas de Manuel Medina C., en el prólogo de este folleto, y escritas* en agosto de 1945.)

Atención del autor.

*

5 autores cubanos, libros cubanos muy apreciables:

José de Armas y Cárdenas, Justo de Lara: *Cervantes y el Quijote*. Evocación de Justo de Lara, por José María Chacón y Calvo. La Habana, 1945.

Es el número 2 de la séptima serie de Cuadernos de Cultura con que se difunde por América la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación.

(«La obra de Justo de Lara,... llega a nosotros con un sereno resplandor de belleza, con un inextinguible fulgor intelectual, con un sentido de armonía y de comprensión amplio y profundo.»)

Emeterio S. Santovenia: *Huellas de gloria*. Frases históricas cubanas. Editorial Trópico. La Habana.

Segunda edición. Dibujos de Esteban Valderrama.

Atención de la Dirección de Cultura, Secretaría de Educación.

(«Cada sentencia que pone Ud. de relieve nos incita a meditar en el alto deber que nos imponen nuestros insignes precursores»; «importa grandemente no dejar que se pierdan las enseñanzas del pasado, sobre todo si son, como las contenidas en su bello libro, pruebas insignes de amor patrio, de alta humanidad, de abnegación, de heroísmo. Nos dicen lo que fueron nuestros padres; nos señalan con claro gesto lo que debemos ser los hijos.»)

Raul Mestri: *Pareceres*. 1944. Márgenes críticos a temas actuales de la guerra y de la paz. La Habana. 1945.

(Se recopilan en este libro 71 artículos de periódico en los que la pluma brillante de su autor aborda y comenta, analiza y destaca con agudo sentido crítico, temas que esencialmente afectan a la vida política, económica y social de Cuba y del mundo.)

Atención del autor.

Julián del Casal: *Poesías completas*. Recopilación, Ensayo preliminar, Bibliografía y Notas de Mario Cabrera Saqui. La Habana. 1945.



Es el número 1 de la séptima serie de Cuadernos de Cultura, en las publicaciones del Ministerio de Educación.

Fernando Ortiz: *El engaño de las razas* La Habana. Editorial Páginas.

Atención del autor, que nos honra «*Dedicado a Henry Wallace, gran americano de todas las Américas*».

(«Este libro está compuesto principalmente con los materiales allegados por su autor para las lecciones dadas por él durante el curso de 1944 en el Instituto Universitario de Investigaciones Científicas y Ampliación de Estudios de La Habana. Al encargarnos de esta cátedra de investigaciones acerca de *La formación étnica y social del pueblo cubano* creímos que era indispensable establecer la base científica de las ideas que nos iban a guiar en nuestro trabajo. Y nada más primordial en ese aspecto que tener un concepto primitivo de lo que debe entenderse por *raza*. Con este propósito emprendimos este trabajo; pero una vez en la tarea nos pareció oportuno aprovecharla para acudir al reparo de una de las más apremiantes necesidades de Cuba y demás pueblos de América.»)

*

Dos antologías poéticas que nos interesan:

Manuel González Ramírez y Rebeca Torres Ortega: *Poetas de México*. Antología de la Poesía contemporánea mexicana. Editorial América. México. 1945.

(«Poco más de medio siglo se halla compilado en este libro. Todas las inquietudes y todas las tendencias tienen un sitio en esta Antología».)

Atención de los autores.

*

Con la ternura con que suele hacer y decir las cosas, nos remite nuestro amigo y colaborador Pedro Juan Labarthe su *Antología de poetas contemporáneos de Puerto Rico*. Editorial Clásica. Ciudad de México. 1946.

Es la tesis de Pedro Juan para el grado de Doctor en Letras en la Universidad Nacional Autónoma de México.

«En la recopilación siguiente aparecen poetas excelentes y poetas buenos. La crítica fría sabrá e coger los mejores. No creemos que están todos, pero los buenos que no están es porque ellos no quisieron estar, se han ausentado por timidez, humildad o por ese complejo que se ha apoderado de los nuestros creyendo que sólo lo bueno es lo

(Concluye en la página anterior)